



Tejiendo vida

Historias de seis mujeres ayacuchanas

Jefrey Gamarra Carrillo
(Editor)

Proyecto "Reconocimiento y ejercicio de derechos de mujeres ayacuchanas
afectadas por el conflicto armado interno"



Auspicia:



Tejiendo vida



Tejiendo vida
Historias de seis mujeres ayacuchanas

Jefrey Gamarra Carrillo
(Editor)

Tejiendo vida

Historias de seis mujeres ayacuchanas

Editor: Jeffrey Gamarra Carrillo

Registro de historias y traducción:

Lidia Dominguez Quispe

Lorena Hermoza Sotomayor

Fotos: Rosa Montalvo Reinoso,
archivos personales

Equipo de apoyo: Richard Meneses Huayanay
Yuly Yaranga Ojeda

Corrección: Luis Andrade Ciudad

Diseño gráfico y carátula: Renzo Espinel/Luis de la Lama

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-02960

1000 ejemplares

Este documento se ha realizado con la ayuda financiera de la Comunidad Europea. El contenido del documento es responsabilidad exclusiva de sus autores(as), y en modo alguno debe considerarse que refleje la posición de la Unión Europea.

CONTENIDO

9 Prólogo

11 Introducción

15



ALEJANDRA: «Antes tenía vergüenza; ahora ya puedo entrar a cualquier lugar»

29



BRÍGIDA: «Ahora mátame con todos mis hijos; yo no me voy a dejar»

45



CIRILA: «Lo que me hace fuerte es todo lo que he aprendido»

63



FELICIANA: «Si no tendría mi capacidad, no estaría liderando a las organizaciones»

83



MARÍA: «Ahora con quien sea ya me jaloneo»

99



OLIMPIA: «Ya no quiero recordar aquellos tiempos que hemos pasado»

III PRÓLOGO

La guerra que vivió Ayacucho durante veinte años tuvo un enorme impacto en la vida de sus hombres y sus mujeres. Cientos de muertes, desapariciones forzadas y desplazamientos se convirtieron en experiencias cotidianas que llenaron de dolor y angustia a toda la población. Son experiencias marcadas por el miedo de que en cualquier momento, uno u otro de los actores armados apareciera y terminara cruelmente con la vida propia o con la de algún familiar.

Son vidas signadas por el temor de que el cuerpo de un ser querido fuera llevado para ser perdido en algún paraje, en algún cerro, en alguna laguna; por el terror de las mujeres a ser asesinadas, a que mataran a sus esposos, a sus hijos e hijas. Miedo, sí, todo el tiempo, todo el *sasachakuy tiempo*, miedos y recuerdos que pueblan las páginas del *Informe final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, y de varias publicaciones realizadas sobre ese capítulo de nuestra historia.

Sin embargo, son pocas las páginas que nos cuentan las historias de las mujeres que vivieron ese tiempo más allá de su miedo, que nos acerquen a sus vivencias, a sus memorias victoriosas, que nos hablen de su agencia en

un pasado que aún está a la vuelta de la esquina. Las memorias de la mayoría de mujeres ayacuchanas se mantienen aún silenciadas, y así perdemos la posibilidad de que sus experiencias sean conocidas en toda su dimensión desde las propias palabras de quienes las vivieron. Con esta recuperación de las historias de vida de las mujeres ayacuchanas queremos aportar a que esas voces se expresen, a que sus testimonios se difundan y rebasen las fronteras de sus pueblos.

El texto recoge las vivencias de seis mujeres ayacuchanas de las provincias de Huanta y La Mar, quienes con generosidad nos relatan episodios de sus vidas, de sus acciones como lideresas de su tiempo. Ellas nos hablan de cómo supieron levantarse en medio de las tempestades, vientos y nubarrones, entre victorias y derrotas, y empezar a tejer una nueva vida; de cómo fueron colocando los retazos de este nuevo tiempo, amasando la paz con sus acciones, con sus esperanzas, con su ejemplo.

En sus voces están también las voces de miles de mujeres ayacuchanas que fueron construyendo día a día la paz en la región, a todas las cuales rendimos homenaje al publicar estas historias de vida. De cierta manera todas ellas son Alejandra, María, Cirila, Feliciano, Olimpia y Brígida.

Rosa Montalvo Reinoso
Coordinadora del proyecto

III INTRODUCCIÓN

Como parte de las actividades ejecutadas en el proyecto «Reconocimiento y ejercicio de derechos de mujeres ayacuchanas afectadas por el conflicto armado interno», presentamos este trabajo, que cuenta la historia de seis mujeres de las provincias de Huanta y La Mar, de la región de Ayacucho, quienes en diferentes momentos de su vida han sido dirigentes en sus pueblos, comunidades o distritos (algunas de ellas todavía lo son).

Buscamos con este trabajo recuperar las historias de mujeres que vivieron en uno de los momentos más difíciles para nuestro país, sobre todo para Ayacucho: el *sasachakuy tiempo*, como se le conoce, mostrar cómo ellas han sido capaces de enfrentarlo, y cómo, a pesar de todas las dificultades que han pasado, han logrado superarlas y trabajar para solucionar los problemas de las comunidades o pueblos donde actualmente viven.

¿De qué manera logramos hacer esta publicación? Tuvimos que organizar varias actividades. La primera fue solicitar a las organizaciones de mujeres y de personas afectadas por la violencia, así como a algunas autoridades de Huanta y La Mar, que propusieran a mujeres que hubieran cumplido un rol protagónico en

sus comunidades en tiempos de la violencia o después, durante el proceso de pacificación. Entre todas las organizaciones postularon a veintiún lideresas.

De estas propuestas se seleccionó a seis mujeres (tres por cada provincia), tomando en cuenta las razones expuestas por las organizaciones para la postulación, considerando si la nominada había sido escogida por más de una organización y, sobre todo, atendiendo a la disposición que ella mostrara para compartir su historia.

La segunda actividad consistió en hacer entrevistas con cada una de estas mujeres en sus respectivas localidades. Estas entrevistas se realizaron en diferentes fechas. El equipo dejó siempre que fueran ellas las que propusieran los tiempos disponibles para esta tarea.

Se procuró que ellas tuvieran la libertad de hacer su narración con la confianza indispensable, lo cual se logró. Ellas han contado abiertamente su vida e incluso cosas que antes no le habían contado a nadie; en algunos casos, nos han mostrado, incluso, los sitios donde se produjeron los sucesos.

Gracias a la confianza generada en el proceso, las lideresas acompañaron su narración con otros elementos que muestran su camino, como las fotografías de su niñez, de su vida adulta, de los momentos felices; son

símbolos que reflejan su avance y desarrollo en la vida, como se puede apreciar cuando enseñan orgullosamente los diplomas de las capacitaciones a las que han asistido.

Una tercera actividad fue traducir al castellano las historias recuperadas, porque la mayor parte de las entrevistas fueron en quechua. Posteriormente, los textos se ordenaron de modo que no se desvirtuase la narración oral al trasladarse al lenguaje escrito y al castellano.

Otra actividad en la que pusimos mucho énfasis consistió en compartir con las mujeres los textos editados, a fin de que conocieran el resultado previo a la publicación y dieran su conformidad sobre lo expuesto, o lo modificaran o suprimieran si así lo consideraban necesario. Pensamos que este momento es fundamental en este tipo de trabajo, pues las mujeres son dueñas de sus historias y tienen el derecho de decidir lo que quieren compartir y lo que quieren seguir manteniendo en privado.

El texto que presentamos es el resultado de este proceso, de estas memorias, de estas historias que representan cientos de historias similares, pero que se vuelven excepcionales al mostrarnos que pese a los duros momentos que vivieron estas mujeres, ellas siguen apostando día a día por la vida y trabajando para la

familia, la comunidad, el distrito y el país, tal como miles de mujeres ayacuchanas.

Este trabajo ha sido posible gracias a la generosidad de las seis mujeres seleccionadas: a Cirila, Feliciano, Olimpia, Brígida, Alejandra y María nuestro agradecimiento; agradecemos también a las organizaciones que las seleccionaron, a todas las lideresas y líderes de las provincias que nos han apoyado en este trabajo y, en general, a todas las personas que nos brindaron su esfuerzo, tiempo e ideas para hacerlo posible.

Jefrey Gamarra Carrillo
Editor



ALEJANDRA

«Antes tenía vergüenza; ahora ya puedo entrar a cualquier lugar»

Alejandra Tinco Salazar (37), quechuahablante, nació en la comunidad de Huatasoccos, distrito de San Miguel, provincia de La Mar, el 25 de marzo de 1971. Cuando su padre fue desaparecido durante el conflicto armado interno, quedó a cargo de su abuela. Es madre soltera de cuatro niños menores de edad. Se dedica a la agricultura y a la crianza de animales menores. Fue vicepresidenta del Club de Madres Esmeralda de Huatasoccos. La señora Tinco Salazar fue nominada por la Federación de Mujeres Indígenas de la Provincia de La Mar.

ALEJANDRA:

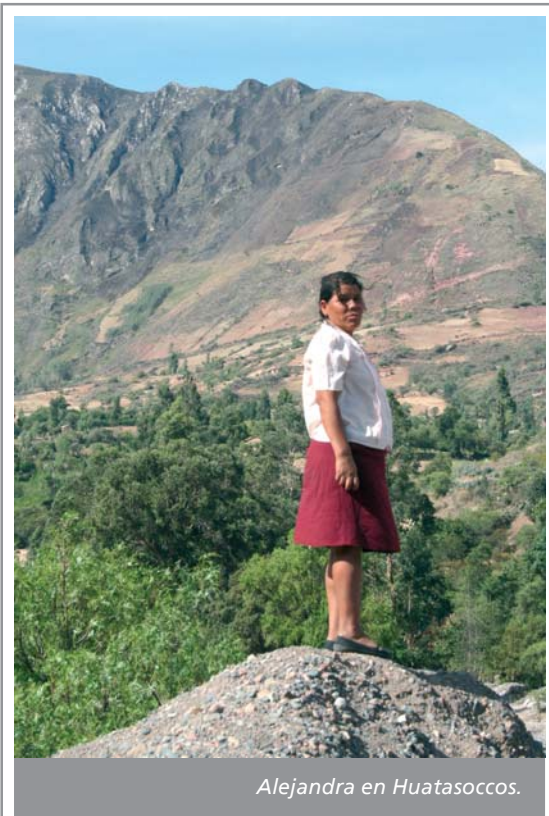
«Antes tenía vergüenza; ahora ya puedo entrar a cualquier lugar»

Desde que nació, Alejandra vive en Huatasoccos, una comunidad cercana a San Miguel, en La Mar. Todavía es joven, no ha llegado a los 40 años, pero las experiencias que ha tenido y sufrido han hecho de ella una mujer con mucha fuerza para enfrentar las dificultades de la vida.

Desde muy temprana edad tuvo problemas en su familia, lo que hizo su vida muy difícil: «Mi papá me llevaba, queriéndome, estimándome, me quería mucho. Mi mamá me pegaba; cuando mi madre me pegaba, mi papá me decía: 'Ella es tu madrastra; es por eso'». Alejandra recuerda a su padre de manera diferente que a su madre: «Mi papá era bueno, él sacaba de las ovejas su cuero y lana, y con eso le gustaba hacer mantas; sus mantas vendía mas o menos en 200 soles; por esa razón, las ovejas que teníamos fueron acabándose, y mi mamá me decía que me había dejado muchas ovejas: '¿Qué has hecho con las ovejas? Seguro que ustedes las mataron'». Alejandra sentía la protección de su papá: «Me decía que mi hija va a estudiar porque era la única hija mujer y me quería mucho y me compraba ropas muy bonitas cuando él vivía».

El inicio de la violencia política cambió su situación y acabó con la vida normal que una niña de su edad tiene en el campo. Alejandra sintió

en carne propia la manera cómo el *sasachakuy tiempo* se llevó a su padre. «Los militares lo mataron. De mi casa, primero los 'montos'¹ de mi casa lo sacaron y luego se lo llevaron donde estaba el barbecho. Allí le han pegado muy fuerte. Por eso, nosotros hemos ido en la mañana. En ese entonces, también habían venido los militares de aquí, de San Miguel, de la base, así que empezó a caminar encima de nosotros; echándonos en todo el piso empezaron a caminar encima de nosotros, luego nos dejó y nos devolvió a Huatasoccos. Allí hizo formar a todos los varones, se



Alejandra en Huatasoccos.

alistan un palo de un metro y con eso a todos los varones, haciéndoles agachar, les pegaron, pero muy fuerte, muy fuerte, y se regresaron. Allí nos dejaron. Luego de una semana, cuando mi papá estaba enfermo, regresaron los militares. Como a las tres de la tarde habían regresado con una lista. Así que empezaron a sacar diciendo: 'Gilberto Tineo', así le habían dicho a mi papá. 'No es Gilberto Tineo, jefe; es Tinco'. Se había levantado y le había dicho: '¡Presente!'. Roberto Tineo, a él también le llamaron. Sacó a cuatro y se lo llevaron a los cuatro. A los

1 *Monto* es abreviación de la palabra *montonero*.



Alejandra y su abuelito, luego de la desaparición de su padre.

demás sus esposas le siguieron, pero mi mamá no había venido; por eso no le siguió. '¿Dónde esta su ropa?', le preguntamos, pero ellos respondieron que no sabían nada, no habían visto. Desde allí ya no nos dejaron saber nada. Le hemos buscado quince días. Nos hicimos ver en coca: 'Ya no van a

encontrar'. En ese entonces venían y regresaban los helicópteros y ya no le encontramos. Con lágrimas en los ojos, 'Mi papá ya habrá desaparecido', diciendo. Desde ese día ya no le encontramos a mi papá. No sabemos nada, ni dónde está, ni siquiera dónde está enterrado. Nosotros no le hemos encontrado; no pudimos enterrarlo. Le hemos buscado muchas veces. Estaríamos a gusto si supiéramos dónde es su tumba de mi papá, siquiera para llevarle flores en esta fiesta de Todos Santos que viene. Todos le llevaríamos flores y velaríamos, pero en ningún sitio lo encontramos. Por eso lo dejamos ya. No le hemos buscado y su quinto día lo realizamos y lavamos su ropa... Decían que habían escuchado decir a mi papá: 'En mi casa ya solo están prendiendo velas. Seguro hasta hoy nada más estaba vivo'; así su voz le habían escuchado mis vecinos. Por eso desde ese día se perdió mi papá».

La vida de Alejandra cambió desde que desaparecieron a su padre. En aquella época tenía como 8 ó 9 años. Las cosas no fueron las mismas

para ella: «Hasta mi mamá se iba dejándonos; por eso sola he vivido, sola con mi abuela he vivido. Mi mamá me dejaba a mí y a mis hermanitos menores. Se iba y se ponía a trabajar para que eduque a mis hermanitos. Por eso a mí ni siquiera me educó. Por eso yo me quedé como analfabeta. Yo era la única mujer y mi padre me quería y me hubiera hecho estudiar. No había estudiado todavía. Recién un año estaba en la escuela; así, cuando estaba estudiando, se murió».

Después de un tiempo, la mamá de Alejandra se volvió a casar. Lamentablemente, ella y sus hermanitos empezaron a sufrir la violencia del padrastro: «Mi padrastro le empezó a pegar a mi mamá; por eso se separó, ya que mi papá no le pegaba a mi mamá. Entonces esa persona le pegaba, allí en la selva mi mamá se conoció con él. Entonces él ya entró a nuestra casa. Mi mamá me llevó a mí también a la selva... Allá yo iba a ayudar a trabajar a otras personas. En ese entonces, nosotros ya teníamos edad para ir a trabajar. Cuando nosotros íbamos, con lo que nos pagaban comprábamos jabón, sal... Mi padrastro no compraba nada... De nosotros nomás dependía él. Con mi hermana menor nos habíamos enseñado: 'Cómo es posible que él solo coma todo lo que compramos; desde ahora ya no vamos a comprar nada'. Así nos pusimos de acuerdo para cocinar sopa solo con yuca, pitos y plátanos. Entonces, cuando estábamos comiendo así nomás, un día, él había comprado cereales molidos. Cuando le estábamos fastidiando, desde entonces empezó a comprar las cosas. Cuando él estaba haciendo esas cosas, mi mamá se separó... Desde entonces él nos empezó a fregarnos la vida. Así nosotros lo botamos a él. Nosotros habíamos arrendado una chacra con café. Entonces, cuando ya estábamos volviendo de la chacra, no pensamos que él nos estaba siguiendo y nosotros seguimos

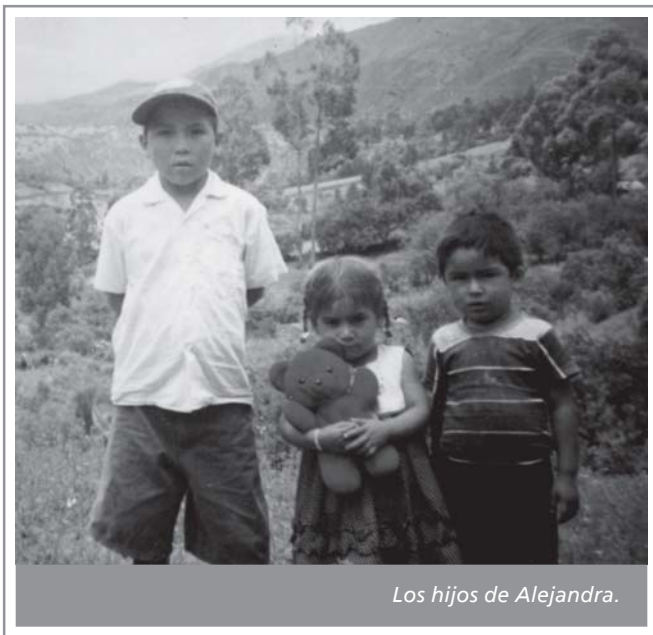
nuestro camino y mi mamá por un costado. Entonces, él venía por nuestro atrás... Le siguió a mi mamá y le agarró, no sé para qué, de repente para que le viole o le pegue, no sé para qué lo agarró. Entonces se habían peleado y mi mamá con el cabo del chafle² le había tirado en la cabeza y le había reventado su boca de él, y mi mamá regresó con la ropa toda rota. Mi mamá no decía nada, nada. Yo le pregunté qué había hecho con mi mamá y él, al regresar ebrio en la noche, empezó a jalonearle de los cabellos a mi mamá, la sacó desde el cabito,³ lo jaloneó, yo me levanté y agarré mi zapato y empecé a tirarle muy fuerte hasta que suene y mi hermana menor se levantó y empezó a defenderle: '¿Por qué le estas pegando a mi mamá a puñetes, carajo?'. '¿Ahora me van a pegar estas mocosas de Huatasoccos también con perro y todo?'. Para eso, hasta el perro empezó a morderle las piernas. Nos decía que éramos hormigas rojas. Así les dicen a las mujeres de allí. Desde entonces él no volvió. Mi mamá lo botó. Se lo ha hecho su maleta, le bota en la cara, su olla le puso en la cabeza, yo en ese entonces solo miraba lo que le hacía mi mamá a mi padrastro».

Alejandra tuvo que vivir en la selva no solo la violencia contra su familia; también tuvo que vivir la violencia política: «Cuando todavía estábamos así con mi padrastro, los terrucos entraron... Al entrar, ellos nos llevaron, nos llevaron a todos, no solo a uno sino a todos, y luego nos hizo llegar a una casa y a los más mayorcitos nos ponían nombres y nos decían que eso iban a hacer de hoy en adelante. Nuestro nombre

2 *Chafle es machete.*

3 El cabito es un catre de madera.

ya le dijimos. En ese momento estaba saliendo pus de mi pie, no sé por qué. Estábamos yendo parando, parando, en eso reventó las balas. Sonaron muchas veces. Cerca de allí había una vigilancia y de allí nos empezaron a seguir. Empezamos a escapar hacia arriba los que caminaban y hacia abajo las otras personas. Yo corrí donde mi hermana



Los hijos de Alejandra.

menor. Nos resbalamos. Me cargué a ella y me fui corriendo dentro de las *itanas*.⁴ Hasta el dolor de mi pie se fue. Fuimos hasta la carretera más allá, donde nos quedamos todo un día sin comer desde la madrugada cuando nos agarró los *puriq*.⁵ Nos dijeron que ahora van a cumplir nuestra acción en Machente. 'Qué será, pues, nuestra acción'. Eso se preguntaba Alejandra, mientras los senderistas señalaban a los ronderos. 'Allí están los *yanaumas* de dos cabezas, que tienen varias mujeres'. Seguro iban a matar allí. Si no hubieran intervenido los militares, ¿qué hubiera pasado? Así era, nos escapamos. En ese tiempo los militares nos han acompañado a vivir por una semana. No podíamos salir».

4 Las *itanas* son las ortigas.

5 *Puriq* quiere decir 'caminante' en quechua; a los senderistas se les decía *tuta puriq* 'los que caminan de noche'; *puriq* es una manera abreviada de decirlo.

Alejandra volvió de la selva y pasó más tiempo con sus abuelos. Su juventud la vivió como la mayoría de jóvenes en el campo: «Nosotras jugábamos y chacchábamos coca. Nosotras llevábamos nuestra *puchka*. No nos juntábamos con los varones; entre mujeres nomás, sola con las vecinas, así nomás era. No había muchos varones de mi edad... Yo misma tenía mucho miedo a hablarme con los varones. Me daban miedo. Cuando alguien venía por allá abajo, lo miraba. Yo me escondía hasta que pasen».



Alejandra a los 23 años.

Más adelante, Alejandra tendría que superar ese temor para poder participar en la vida pública de su poblado. Ella comenzó, al igual que muchas mujeres dirigentas, en el club de madres: «En club de madres hemos comenzado, Club de Madres Esmeralda de Huatasoccos, desde que tenía mi hijo.⁶ Antes no podía participar porque decían: ‘Solo para las que tienen sus hijos’. Por eso no participaba. Pero mi abuelita recibía, porque era anciana, solo era por eso. En ese tiempo, yo no tenía hijos todavía. Recién empecé a participar cuando tuve a mi hijita en mi club de madres, pero antes, a veces, iba en su reemplazo de mi abuelita».

6 Hijo de su primer compromiso.

En medio de sus dificultades, el club de madres fue también para Alejandra el lugar donde ella pudo opinar, hacerse ver, hacerse escuchar: «Me gusta participar, me gusta en esas cosas participar; por eso estoy, hasta ahora estoy participando en todo».



Alejandra participando en carnavales.

Ese entusiasmo por participar viene de cuando era joven y en el tiempo de la violencia tenía que intervenir en el comité de autodefensa de su pueblo, la llamada *defensa*: «Allí yo hacía vigilancia. Hacíamos esas cosas nosotros yendo a las vigilancias. A los 15 años me hacían hacer la vigilancia. A mi abuelito le tocaba en el día. Mi abuelito trabajaba para que nosotros comiéramos. Por eso él me decía: 'Anda, pues, tú, hija, a sentarte y yo voy a trabajar', ya que la siembra estaba pasándose ya. Por eso, yo iba y me sentaba en la vigilancia, en el torreón me sentaba».

Alejandra recuerda que en la vigilancia los varones tenían más funciones de dirigentes que las mujeres. Ellas solo apoyaban: «Nos sentábamos entre mujeres, así solo con mujeres. Cuando nos hacían juntar con los ancianos, se sentaban entre mujeres y así entre mujeres juntas nos colocábamos en un torreón y en otro torreón o casi en tres o cuatro torreones nos colocábamos cuatro con nuestros pitos, y cuando había algo, tocábamos nuestros pitos y luego ya nos reuníamos o

cuando venían las patrullas tocábamos pitos para que se reúnan ellos. Los señores ya se reunían y mientras tanto nos poníamos en la vigilancia».

A los 24 años, Alejandra ocupó su primer cargo dirigenal en el club de madres: «Con mi hijo Mario, a los 24 años, allí me nombraron vocal en el club de madres... En la defensa he sido comando. Pasaba lista a las mujeres en la defensa, yo les controlaba. En Pronamachcs⁷ era presidenta y luego, en Juntos,⁸ yo era vocal. Ahora ya me cambiaron».

Como parte de su función como dirigente, Alejandra ha participado en diferentes actividades. Una de las que más recuerda es el hecho de haber ganado un concurso convocado por el Centro de Promoción y Desarrollo Poblacional (Ceprodep) para representar la época de la violencia política: «Hemos entrado con un sociodrama, hemos hecho y nos ganamos 300 soles. Nos premiaron por el sociodrama dándonos veinte soles a cada uno. Yo me vestí de loca, porque cuando mataron a mi padre, yo me volví loca. Entonces nos grabaron y salió en un DVD. Hemos sentido actuando todo lo que hemos pasado en la violencia». El sociodrama que prepararon en grupo las representantes de cuatro comunidades de San Miguel fue ganador del concurso y el premio para las cuatro comunidades fue de siete mil soles, dinero que sirvió para realizar trabajos de capacitación y atención de salud mental en estas comunidades.

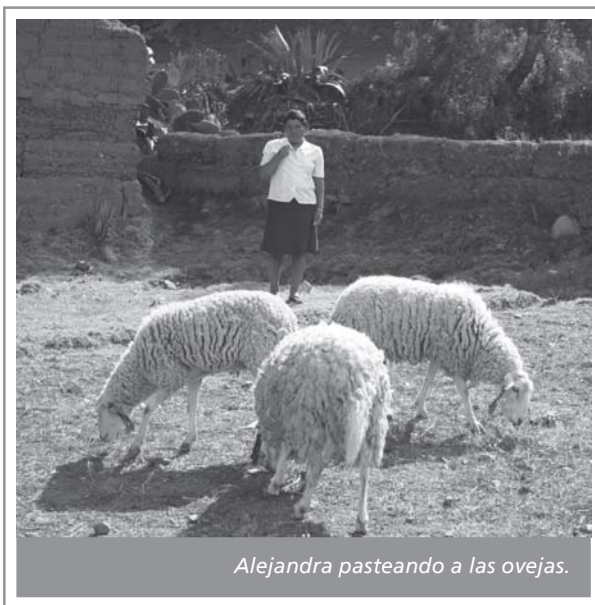
7 Programa Nacional de Manejo de Cuencas Hidrográficas y Control de Suelos.

8 Juntos es un programa social creado en el 2005 con el objetivo de atender a la población en extrema pobreza, mediante un incentivo monetario condicionado de 100 nuevos soles con el fin de impulsar el compromiso de las familias beneficiarias en las prestaciones de salud, educación y desarrollo de ciudadanía.

Alejandra se da cuenta de que la participación en actividades no solo es importante para su pueblo sino también para ella misma: «Hemos aprendido trabajos manuales, hemos hecho cocina mejorada, esas cosas hemos hecho. Me alegro, me siento contenta, alegre, cuando participo. No es igual mi pensamiento cuando estoy en casa. 'Qué triste es mi vida, qué triste es mi vida', cuando me siento en mi casa de cualquier cosa estoy pensando, de mis cosas estoy pensando. Ahora ya no. Cuando voy a cualquier cosa, a una actividad de una organización, yo me alegro, me olvido, pero cuando regreso a casa, vienen otros pensamientos, vienen otras cosas rápido. Cuando miro mis comidas, ya no hay, y en eso se vienen mis pensamientos...».

Alejandra ha reforzado sus conocimientos y sus capacidades: «Yo sé trabajar en la chacra, sé sembrar maíz, sé tejer chompa, sé hilar esas cosas y cuido a mis ovejas y allí tejo chompas y con esas cosas vivo».

Ya no se siente tan mal al conversar con los funcionarios de los proyectos, con los ingenieros que vienen: «Sin tener vergüenza empiezas a decir 'Así, así será'. Antes no era mucho, ahora ya es más y hasta puedo actuar. Antes tenía vergüenza. Ahora ya puedo entrar a cualquier lugar; ya puedo entrar a las oficinas a reclamar. Antes no sabía qué hacer. '¿Qué diciendo voy a



Alejandra pastando a las ovejas.



Alejandra, hijo e hija.

entrar?', decía, '¿qué me dirán, qué le diré?'. Tenía mucho miedo. Ahora ya puedo entrar, desde que empecé a trabajar con los ingenieros» de Techint, empresa para la que trabaja cuidando un campamento.

A pesar de lo que ha logrado en su vida, también como líder,

Alejandra dice que ha tenido mucho sufrimiento. Tuvo su primer compromiso cuando tenía 24 años: «Con él me conocí en el cuartel a los 22 años. Después de meses, cuando iba de visita, allá lo conocí. Ahora me arrepiento. Digo: '¿Cómo es posible que haya llegado a tener mi hija si yo era una mujer adulta? ¿De nada me sirvió esperar?'. Hay jovencitas que se han juntado y están bien, pero yo no; he comprado mala suerte, seguro no era para mí. Tampoco le atendía bien cuando él venía. Él solo se fue. Yo ya estaba embarazada cuando él se fue a trabajar y en Tutumbaro, allí se conoció con otra. Desde entonces ya no regresaba mucho, así nomás, hasta que él vino en febrero cuando nació mi hija. Yo fui a la selva creo que en enero. Allí me lo encontré. Después que reconoció al bebe, dijo que regresaría en marzo. Desde entonces ya no regresó... Con el otro padre de mi hijo no me junté. Cuando estaba aún de ocultos me embaracé. Cómo iba a ir si él no quería arreglar; si yo iba a su casa me hubiera pegado. Ahora no lo veo

ni me ve. Mi última pareja es quien me apoya. De nadie era como es su cariño de él... Él es quien me apoya; hasta al más chiquito de mis hijos le quiere mucho. A este sí le atiende. Es más bueno. Mis hijos le quieren; así él también les quiere. Este domingo él se encargó del niño y se puso a mojar sus cabellos y hasta le estaba peinando como si fuera su papá».

Cuando Alejandra cuenta esta parte de su vida, se emociona y por un momento se pone pensativa, recordando a su padre: «Ahora ya estoy haciendo resignar a mi corazón. Ya qué vamos a hacer ya. Así habrá sido nuestra suerte, para llorar, así decimos, así yo misma empecé a resignar a mi corazón...».

Resignar el corazón no significa que ella se quede contenta y no haga nada más; tampoco significa descuidar a su familia. Alejandra, más bien, busca que las cosas cambien para ella y sus hijos: «Yo quiero mejorarme más trabajando, trabajando. Cuando mis hijos se pongan más grandes, me voy a dedicar a un negocio. Como sea voy a juntar dinero, voy a trabajar. Solo estoy esperando que crezcan. Voy a ir a la selva». Alejandra también quiere seguir participando en la organización: «Si me dicen 'seguimos', seguiremos. Me gusta capacitarme».



Alejandra en San Miguel.



*«Ahora
mátame con
todos mis
hijos; yo no
me voy a
dejar»*

BRÍGIDA

Brígida Torres de Aquino (49), quechuahablante, nació en la comunidad de Osno Bajo, en el distrito de Tambo, provincia de La Mar, el 8 de octubre de 1959. En la época de la violencia, su esposo fue asesinado, y quedó a cargo de tres hijas. Se dedica a la agricultura y al tejido de chompas. Actualmente reside en la comunidad de Vicus, en el distrito de Tambo. Ha sido presidenta del club de madres de Osno Bajo, presidenta de la Asociación de Víctimas de la Violencia y secretaria del Comité de Autodefensa de la comunidad de Osno Bajo. La señora Torre de Aquino fue nominada por la Asociación de Afectados y Víctimas de la Violencia Política del Distrito de Tambo.

BRÍGIDA:

«Ahora mátame con todos mis hijos; yo no me voy a dejar»

En la ruta de Tambo a San Miguel existe un desvío, más abajo del cementerio de Tambo, que lleva por un angosto camino hacia el centro poblado de Osno Bajo. En este sitio, que es una verde pampa en medio de dos altos cerros, cruzando un pequeño río que desemboca en el San Miguel, en la banda de al frente, ubicamos una de las pocas casas que se hallan más allá del pueblo.

Allí vive Brígida, sonriente y muy amable, junto a la única hija que todavía está con ella. En su pequeña cocina comienza a contar de su vida, de su trabajo como dirigente y sobre sus sueños. «Mi papá era bueno y trabajaba en la chacra. Cosechábamos y trabajábamos juntos cuando era niña. Yo me llevaba bien con él y me quería, y con mi mamá también me llevaba bien. Me enseñaba a cocinar, a lavar la ropa, a pastear las vacas y otros animales». Pero su papá pensaba como todavía piensan muchos padres respecto a los estudios de sus hijas: «Me decía que nosotros perdíamos nuestros tiempos ya que estudiábamos de día». Para el papá de Brígida, el día se había hecho para el trabajo y no para el estudio.

Por eso se entiende que cuando Brígida tenía unos 10 años, sus padres aceptaron que ella se fuera a Lima con su prima para ayudarla a criar a la hija que esta tenía. Allí continuó estudiando y criando a la hija de su prima, aprendió muchas cosas, sobre todo a conversar con diferentes personas y ser desenvuelta, a no tener miedo de hablar en público. Sin embargo, para una niña que tenía que vivir separada de sus padres y sus seis hermanos, las cosas no podían ser fáciles: «Yo estaba estudiando en Lima. Entonces mi prima me llevó. Yo cuidaba a su hijo y cuando orinó el bebe yo le puse una aguja a su



Brígida en su cocina.

potito, no sé qué pensando... Por eso me pegó mi prima, me pegó bien, bien fuerte. Me dejó moretones. Yo dije: '¡Cómo me va a pegar la hija de otra persona!'. Por eso me metí debajo de un cilindro por dos días. El cilindro lo vacié el agua y me escondí por dos días. Me buscaban y no me encontraron. Sin comer, estaba allí metida. Yo misma salí del cilindro por la noche y me fui donde la vecina y ella me sirvió comida o creo que ella vino, me encontró... Allí fue a avisarle a mi prima diciendo que 'Allí está la niña sin comer'. Siempre me pegaba duro. No me daba de comer. De allí mi abuelito [médico de hospital] me llevó (era doctor), porque yo lavaba ropa, pañales, y cuando lavaba sucio, me pegaban con chicote y

una vez me cortó un vidrio y me llevó al Hospital Dos de Mayo, y allí conocí a mi abuelito». Brígida llama cariñosamente «abuelito» a un médico que era padrino de su mamá. Felizmente, ella pudo volver a Ayacucho, a su pueblo, adonde sus papás y hermanos, aunque al comienzo le afectó volver de Lima: «Regresé rápido. Me he sentido feo, otra forma... Al regresar, pensaba que yo allá en Lima estaría mejor, en ese momento pensaba así. Ya me he tranquilizado; como he regresado, ya estaba con mi mamá».

Brígida pudo asistir un tiempo más a la escuela. «Me pusieron en la escuela de Vicos. No enseñaban bien. Algunos profesores tomaban. No querían mis papas, y me cambiaron a Osno. En Vicos casi no aprendía, no enseñaban bien. Nos castigaban duro, ponían arena al suelo y nos hacían caminar. Era igual para todos. Las profesoras eran algunas buenas, antes no era como ahora».

Brígida había aprendido a hablar fluidamente el castellano en Lima y eso la ayudaba a vencer algunas dificultades que como estudiante mujer tenía en la escuela, porque la enseñanza se impartía en castellano, pero tuvo que abandonar las aulas cuando concluyó el quinto de primaria. El tiempo pasó, Brígida creció, y cuando ya era una joven casadera, se enamoró de alguien de su comunidad. La joven que desde que vivió en Lima no había vuelto a salir más allá de la cercana ciudad de Tambo, ahora, ya viviendo con su pareja, comenzó a viajar hacia otros sitios: «No salía cuando era soltera. Cuando me casé, recién salí con él [su esposo Máximo Aquino]. Me llevaba a Tambo, pero solo de paseo. A la selva salía por un mes o dos para trabajar, y cuando terminaba la contrata, regresábamos a trabajar sembrando alverja y otros productos».

Pronto vendrían las hijas: Brígida se convirtió en mamá de dos niñas que se llevaban poco más de dos años entre sí, pero por la misma época, algo empezaba a inquietarla: «Prendía bastante y reventaba la leña y había mucho viento, lluvia, relámpago. Era lucero de la mañana. Decíamos: 'Qué nos pasara, habrá peligro...'. Al principio, ella pensó que el peligro no la afectaba a ella ni a su familia, que solo era para los que se unían a Sendero. «A ellos no se les podía decir nada y tampoco se les creía a los *cumpas*⁹ [porque] ellos te decían: 'Gratis



Boda de Brígida.

vamos a comer, vestirte gratis'; por eso le creían. Nosotros nos hemos juntado [a los ronderos]; por eso nos odiaban. A mi esposo le sacaron una vez y le dijeron que 'Vamos a sembrar cebada allá', y le enviaron un papel, y si no hace caso le mandaremos a San Pedro.¹⁰ Él no le hizo caso. Él decía: '¿Por qué voy a ir? ¿Acaso he robado o en tierra ajena siembro? Tengo una chacra en la loma de Vicos', y él de madrugada se iba a trabajar y por las noches regresaba solo para dormir y yo le llevaba su comida. Dormíamos debajo de las espinas».

9 *Cumpas* (de *compañeros*) se refiere a los miembros de Sendero Luminoso.

10 Es decir, lo mataremos.

Si en los inicios del *sasachakuy* fue la gente de Sendero la que los amenazó, hacia el año 1984 fueron más bien los militares o, finalmente, no se sabía quién: «En 1984 comenzó en Vicos. Llegaron cuatro helicópteros y comenzaron a quemar y se oía disparos y me escondía debajo de los montes. Cuando comenzó la violencia, decían que los que no eran casados nos iban a acompañar. Por eso nos casamos y llegaron a la fiesta. Ellos tomaban en un lado y qué íbamos a hacer. De allí comenzó más peligro». Brígida creía que casándose podía proteger la vida de su esposo, pero «le había llegado un documento al presidente diciendo que uno de estos días entrarían, pero él no informó y por eso se habían tomado [emborrachado]. Era agosto, fiesta de 'señal'. Pensando que todo iba a estar tranquilo... En época de violencia ya no se hacía fiestas. Por eso entraron como a las once, ya nos estaban vigilando y ya les había dicho quién era autoridad. En la carpa ya habían quemado y al señor Víctor Torre le arrojaron al fuego vivo. Salimos corriendo. Nos quitaba a mi hija y descalzos empezamos a escapar; regresando, a mi esposo le dispararon en un ojo. Al día siguiente, pasan lista diciendo: '¿Están vivos?'. Y mi esposo no respondía. Encima de su

cama lleno de sangre él estaba. Aún estaba vivo todavía, porque nadie le había movido y llegaron los jueces de San Miguel y recién a mediodía murió mi esposo. Perdí a cuatro tíos. Quedaron muchos heridos. Se llevaron mis frazadas, ropa... Se llevaron todo».



Carnet del esposo de Brígida.

Brígida nunca, ni en sus peores momentos, sintió tanto dolor, dolor por la falta de alguien, *llakillakisqa* que le dicen: «Pensábamos comprar cosas para nuestras hijas. Estando sola hoy ya no puedo comprar cosas. Nada. Ya no se puede. Si mi esposo viviera, estaríamos acordando comprar cosas juntos. Solo queda en pensar. Ahora sola ya no se puede, ahora sola ya no...».

Ella había perdido a su esposo, y ahora tenía que reemplazarlo en las tareas de defensa de su pueblo: «Cuando murió mi esposo, ya era una campesina viuda. Yo entro como reemplazo de mi esposo. No era igual. No hacíamos igual que los varones y se molestaban diciendo: ‘Las mujeres no sirven, las mujeres no vigilan bien, no son como los hombres’. Decíamos que ‘para ustedes también llegará la hora. Tienen hijas: como nosotros serán’. Decíamos: ‘No nos marginen, no nos odien’. Nos defendíamos con huaraca, con piedras. Se construía unas torres y allí se vigilaba desde el llamado torreón. Allí se sentaban las viudas y jóvenes. Cuando había algo, se silbaba. Todos se reunían y corrían. Los que tenían hijos se escapaban a los huecos. Antes no había muerte y todos éramos sanos. Así fue avanzando el tiempo y al dormir en las cuevas empezaron a morir los niños con alcanzo,¹¹ viento... Así empezaron a morir los niños y hasta grandes... Antes no. Cuando nuestros niños lloraban, les tapábamos la boca diciendo que no lloren, ‘por dormir en los huecos si nos escuchan pueden entrar’. Dormíamos en las cuevas feas, dejando hasta nuestras comidas. No sabes lo que pasamos. Sufríamos mucho. Escapábamos llevando nuestras vacas y frazadas. Debajo de las retamas dormíamos reuniéndonos con nuestros vecinos. De allí empezamos a

11 Se le llama *alcanzo* a la enfermedad causada por emanaciones de la tierra.



Brígida participando en carnavales.

reunirnos en carpa en Osno Bajo. Cuando silbaban, todos nos reuníamos y dormíamos en uno solo. Cada tarde íbamos, lista por lista nos controlaban. Todos nos sentábamos en campo libre. Los niños lloraban temblando de frío, y si lloraban, les poníamos las tetas aunque sea por gusto por fin que no lloren. Llevábamos nuestras comidas a la carpa. Allí comíamos. Todos íbamos para que las autoridades no nos digan: 'Ustedes ya han conversado con los cumpas'. Si nos quedábamos, nos decían: '¿Por qué no vienen, no se forman?' o '¿Por qué no hacen vigilancia?'. Había mucha envidia. Allí comenzó...».

En medio del sufrimiento, Brígida tuvo que sacar fuerzas de donde fuera para atender a sus hijas. «Me ponía fuerte. Allí aprendí a hablar y contestarles. Les decía: 'Como si no tuvieran hijas odian ustedes. Si mi esposo viviera, no hubiera pensado así'. Solo veíamos el bienestar de nuestras hijas, pero cuando murió mi esposo, yo me empadroné y empecé a participar en todo lo que tenía que hacer la comunidad... Cuando mi esposo murió en el '85, yo misma ya me daba fuerza diciendo: '¿Acaso no tengo fuerza? Como sea voy a criar a mis hijas. Soy joven todavía, les daré de comer y vestir. Estaremos juntas...'. Yo misma me daba fuerza. Así comencé a trabajar sembrando maíz, arveja, con mis dos hermanos. Yo vivía con mis hermanos».

Uno de los apoyos más importantes fue el de su familia, especialmente sus hermanos: «Mi familia me ha ayudado; otros también, los que tenían voluntad, pero también había gente que me odiaba diciendo: 'Ella habla mucho, mucho reclama', cuando reclamaba de las cosas



que les mandaba a hacer a las viudas». Brígida recuerda que uno de los consejos que más le daban era que en su condición de viuda y en la necesidad de mantener a sus hijas, era preferible buscar otra solución: «Me decían que les entregue a mis hijos a la aldea, a los dos, mi familia, me decían. Yo no les he hecho caso a los consejos de la gente; dándoles a mis hijos, sola estaría caminando. Eso yo misma he pensado. Seguro la gente hablaría que los he dejado a mis hijos; me dirían: 'Al morir su esposo, abandona a sus hijos', y yo no di a nadie a mis hijos. Trabajábamos y los tres cargábamos hasta Tambo casi varias horas; junto con mis hijos sufríamos». Pero no se separaron.

Para una viuda, no solo estaba presente el problema de los hijos sino también el dilema de cómo enfrentar el abuso de los hombres. Brígida recuerda: «Jergón,¹² ese sinvergüenza, nos hacía cantar y nos hacía

12 Nombre de combate de un comando rondero.



Sobrina e hija de Brígida.

bailar. Cuando estaba como presidenta de club de madres, se habían quejado diciendo: 'Ella siempre habla mucho y es muy lisa'. Yo me contesté: 'Cómo vas a castigarnos si tu has salido de una mujer'. Nos ponían boca abajo y encima caminaba. Ni los ancianos escapaban. Ese estará vivo todavía. Por eso yo no lo quería, no le obedecía, contestándole. Las mujeres, amparándose conmigo, se rehusaban a obedecer. Decíamos que saliendo de ser terruco ahora de rondero está haciendo esto a las personas, a las mujeres, diciendo de mí que 'Ella les guía, le hacen caso como

si fuera su madre'. Por eso, en la medianoche, nos empezó a gritar: '¡Carajo, sal, mierda!'. 'Mierda tú, macho terruco', dije. 'Ahora mátame con todos mis hijos, cómeme con excremento y todo'. Ni los ancianos escapaban. 'Yo no me voy a dejar', le dije, 'y yendo a Tambo me voy a quejar'. Así que por eso enviaron para que no maltrate. Fue para su contra... Jergón y su gente habían robado casi 25 vacas y en aquí le dije: 'Como gran ladrón te has vendido las vacas de otras personas. Tú a mí no me has criado', así le dije. Por eso le odio a Jergón, pero no le tenía miedo: 'Mátame', le dije...».

También la soledad, la falta de pareja, son problemas que las viudas deben enfrentar. Brígida, con mucha sinceridad, cuenta respecto a sus conversaciones con otras viudas: «Cualquier cosa hacíamos. Nos reíamos: 'Hay que cocinar... O con él hay que casarnos...'. Nos reíamos, hablando así. Cuando nos encontrábamos entre viudas, a mí me decían que yo era tranquila. '¡Allí ha llegado nuestro marido! ¡De todas nosotras nuestro esposo! ¡Ella está tranquila! ¡Nosotras ya nos hemos casado!'. Me miraban como varón, porque yo trabajaba como varón. Me tenían respeto, me decían: 'Contigo me casaría', nos reíamos... Trabajaba bastante, traía haba, papa... Mientras las demás viudas no sabían, yo sí trabajaba. Mi padre me enseñó».

La soledad muchas veces va acompañada del acoso de los varones: «Siempre me hacía respetar, aunque los hombres me fastidiaban en los matrimonios. Siempre estaba con mis hijos. Ellos me fastidiaban, pero no me dejaba. Me contestaba. Ellos me decían: 'Tú eres mi amor, hay que casarnos', pero yo les respondía: 'Fastídienles a los que les hace caso pero a mí no'. Un día le tire en la cabeza con una botella. 'Ella es lisa; no es como las otras. Por gusto le hablamos a ella'. 'Otras mujeres están muy dispuestas a aceptar rápidamente, mientras que ella no; es muy lisa'. De allí que ya no me hablaban. Decían: 'Ella no acepta bromas. Ella es muy fuerte. Como mujer no se deja'».

Brígida finalmente tomó la decisión de tener un nuevo compromiso: «¿Con qué te curas? Nosotras no aguantaríamos... Cuando me decían así, nos reíamos. Ellas ya se casaron, ya tienen varios hijos y, después de casi 42 años, allí recién tuve mi hija, porque sufría mucho trabajando. 'Seguro que voy a estar bien, tranquilos vamos a estar', le creí... Por

eso recién me emparejé. No es como con tu esposo anterior. Es diferente, no es como con él. Me dejaba sola con el trabajo, no coordinábamos, mientras que con mi esposo siempre nos poníamos de acuerdo. Casi dos años convivíamos y se fue, se buscó una chica. Yo normal... No le hice caso. No me puse triste. Tranquila, tranquila estuve con mi hijita. Nos íbamos, nos caminábamos, comíamos y trabajábamos...».

El tiempo, el dolor, la experiencia de trabajo y el compromiso como mujer, con sus tres hijas y con su comunidad le han ayudado a Brígida a ser una conocida dirigente en Tambo y su comunidad de Osno Bajo. Para ella, ser autoridad es algo que se aprende y que se enseña: «En junio o en julio, creo en el 2007, hemos ido a un taller por tres días en Ayacucho. Allí nos hemos quedado a dormir y entonces allí nos hemos encontrado bastantes. De la quebrada eran muchos y todos hombres, y me han reconocido en mi palabra y han dicho: 'Esta señora era muy buena', y han dormido en tres camas, dos en dos y yo dormí en el centro

de todos, solita. Era un taller de víctimas de violencia. Vinieron autoridades. Ya a mí me habían mandado un oficio y en forma individual o grupal hemos hecho el taller... A las mujeres de aquí les digo: 'Qué me dirían ustedes, mamás, si les cuento que he dormido en el centro



Brígida trabajando la tierra.

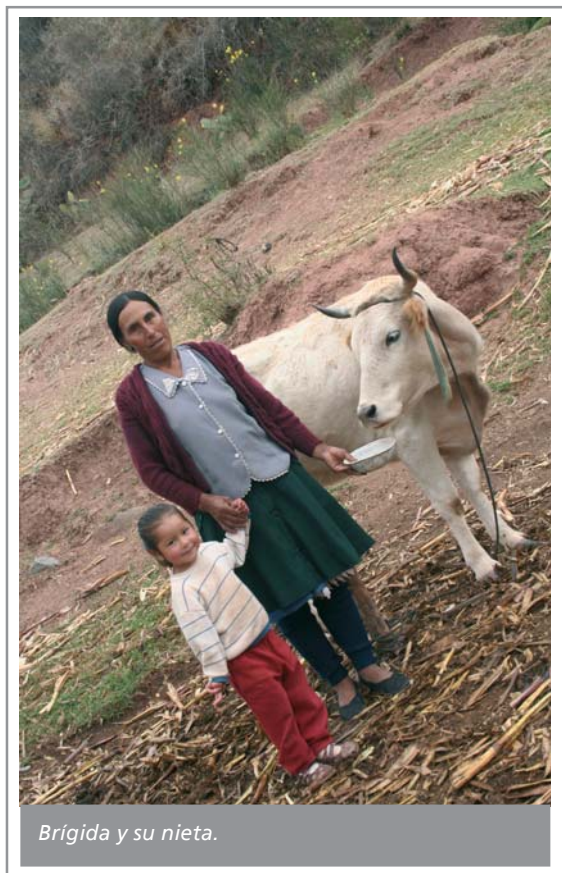
de varios varones, que me han visto y me han respetado y nadie me ha dicho nada. Ustedes no son así, aprendan entrando a los cargos de autoridad, aprendan'. Y ellas se quedan calladas y dicen: 'Nosotros no podríamos, nos pondríamos a llorar', pero yo no tengo miedo».

Brígida comenzó a asumir cargos de dirigente como tesorera en su agrupación: «He sido tesorera. Decía: 'Así hay que hacer', y ellos me escuchaban: 'Ella sabe decir'. Pero no solo me quedaba en palabras. Luego he sido por cinco años presidenta del Club de Madres de Osno Bajo. Con el programa de Manuela Ramos aprendí más a leer. En ese tiempo una no tenía cabeza para estudiar. Solo pensábamos en morir, en la violencia... Era tesorera de agua potable y íbamos a Ayacucho para reclamar para que nos apoye en agua, pero las autoridades de aquí no me apoyaron. Por eso lo dejé. No se logró nada... Ahora soy presidenta de Juntos.¹³ Voy a reuniones, les explico cómo deben vivir con sus esposos».

Ahora que es conocida autoridad en el distrito de Tambo, Brígida ya tiene experiencia en diferentes cargos. Ella dice con energía: «Desde que empecé en autoridad, ya no le tengo miedo. Ya no me chupo. De cualquier cosa ya discutiría. Hasta cuando me quitarían a mi esposo, le pegaría. Ahora las cosas ya cambiaron».

Brígida reflexiona sobre las mujeres y señala: «Hoy las mujeres somos libres. Para eso aprendimos a caminar y hablar sin miedo en cualquier

13 Juntos es un programa social impulsado por el gobierno actual desde el 2005 con el objetivo de atender a la población en extrema pobreza, mediante un incentivo monetario condicionado de 100 nuevos soles de libre uso para el o la representante de cada hogar participante.



Brígida y su nieta.

reunión. Hablamos para bien o para mal en reuniones. Yo siempre voy, pero ahora no voy porque no tengo tiempo, y si no tengo tiempo, mando un reemplazo». Sin embargo, es consciente de que todavía existen limitaciones no solo para la libertad de las mujeres sino también para que ellas desempeñen cargos en las organizaciones o los gobiernos locales: «Todavía no, porque los hombres nomás agarran los cargos. Por eso estábamos diciendo en reunión: 'Así, teniente y presidente, también puede ser mujer'. Por eso digo: 'Yo voy a entrar como teniente si es que los varones no pueden hacer nada',

pero algunos varones no quieren: '¡Cómo una mujer va a estar en cargos!', dicen».

Brígida cuenta, además, que para poder «agarrar» los cargos, las mujeres necesitan estar capacitadas. Ella aconseja que las mujeres lean. En su comunidad Brígida lee más que los varones: «Tengo libros y le he prestado mis libros al teniente de la comunidad y no me hace devolver. Le he dado para que aprenda y le ha gustado y casi dos meses no me hace devolver. Tengo que ir a pedírselos».

Ella también recomienda asistir a todo tipo de capacitaciones: «Antes no existía capacitaciones, no había. Si hubiera habido antes, hoy qué sería yo, estaría ocupando cargos más importantes. Solo había reuniones. Nos avisaban solo para repartir el Vaso de Leche, para que se porten bien. Si antes



Brígida e hijas participando en los carnavales.

hubieran venido a capacitarnos como hoy, sería mejor, hubiera sido bueno. Cualquier institución hubiera sido bueno que venga».

Brígida cree que para ser dirigentas, las mujeres casadas tienen que vencer la desconfianza de sus esposos: «Se molestan sus esposos: '¿A qué vas, qué conversas? Seguro les aconseja de violencia familiar para que peguen a su esposo o para que se separen. Seguro eso aprenden'. Por eso, las que tienen esposo no asumen. Pero aunque ella ya no tiene esposo, tiene que preocuparse todavía por sus hijas: «Sí, no tengo que rendir cuentas, pero me voy cuando está mi hija, me voy dejándolos. Mis hijas me apoyan. Ellas son las que me compran mi ropa».

Brígida es una dirigente bien preparada, capaz de conversar sobre diferentes temas. Aunque aspira a ocupar cargos en el gobierno municipal, ahora su principal preocupación son sus hijas y el deseo de

irse a vivir a Tambo para seguir apoyando el trabajo directivo: «Mi hija, ella, tiene que salir profesional. Como sea voy a hacer estudiar, aunque sea viejita. Ahora mi hija va bien en la escuela. Va a ser doctora o profesora y sus hermanos van a apoyarla».



CIRILA

«Lo que me hace fuerte es todo lo que he aprendido»

Cirila Tinoco Aguado (49), quechuahablante, nació en la comunidad de Chihua, en el distrito de Iguain, provincia de Huanta, el 22 de julio de 1959. Actualmente vive en la comunidad de Cangari, distrito de Iguain. Está casada con don Delfín Nicolás Mendoza, de 53 años, con quien tiene cuatro hijos. Perteneció a la Asociación de Promotoras de Salud (APROMSA)-Huanta, donde ocupa el cargo de tesorera. Se dedica a la agricultura y a la crianza de animales menores. La señora Tinoco Aguado fue nominada por APROMSA-Huanta.

CIRILA:

«Lo que me hace fuerte es todo lo que he aprendido»

En el hermoso valle de Huanta, existe un pequeño pueblo, Cangari, a cinco kilómetros de la ciudad. Allí, al borde de la carretera, se halla la casa de Cirila. Una puerta de madera es la entrada a su patio, donde el ruido de los cuyes se mezcla con el cacarear de las gallinas, mientras que un gato perezoso levanta la cola en señal de bienvenida al mismo tiempo que de aburrimiento.

Cirila no aparenta la edad que tiene. Siempre se halla activa, preocupada, como toda mamá, por sus cuatro hijos, aunque ya están grandes. Uno de sus hijos todavía vive con ella y con su esposo; es varón, «soltero codiciado», nos dice su mamá: «Las chicas lo buscan, señorita», repite, mostrando una mezcla de orgullo y enojo al mismo tiempo.

Cirila empieza a contar sobre su vida. Su mirada se dirige hacia Huanta. No puede dejar de escapar un suspiro, un sentimiento de tristeza que no se puede escribir, ni siquiera contar o imaginar. «Mi papá estaba mal por todo lo que trabajaba años y años, seguro porque de noche regaba, a veces se mojaba, ¿no? Y estaba mal de los bronquios. Del hospital salía, regresaba al hospital; en ese plan estaba, pues. Y murió

mi papá, y después, mi mamá también ya estaba malita, ya cuando mi papa murió, y estaba con el estomago mal, y también a ella le han golpeado los militares». Es lo primero que recuerda con nostalgia, porque para ella sus padres siempre fueron quienes la animaron a seguir adelante. Su papá era agricultor. Su mamá «era una señora que no sabía leer ni escribir. Y ella bastante luchó por nosotros. Ella era, ¿cómo se dice?, negociante. Llevaba tuna a la ciudad de Huancayo desde acá de Chihua, Cangari. Entonces, con todo eso, ella nos ha educado, nos ha alimentado».

Los recuerda no solo con amor de hija, sino porque ambos padres se preocuparon de que desde muy niña ella tuviera educación. A pesar de que su papá solo estudió hasta segundo de primaria y su mamá nunca fue a la escuela (o quizás por eso mismo), ambos hicieron el esfuerzo de mandarla al colegio. A diferencia de otros padres que decían que las hijas mujeres no debían estudiar porque así aprenderían a escribir cartas de amor y a tener amantes, los suyos la hicieron estudiar primero en la escuela de su comunidad y luego en un



Cirila hablando de su vida.



Cirila exponiendo en una capacitación.

colegio de la ciudad de Huanta. Por eso nos dice: «¿Por qué nos vamos a quedar las mujeres y los varones nomás van a estudiar?».

La escuela no fue fácil para ella, empezando por el idioma, porque antes de estudiar, Cirila solo hablaba quechua. Después fue

aprendiendo el castellano: «En la escuela las profesoras nos enseñaban castellano, y también mis hermanos cuando ya salían de la escuela han ido ya, pues, a Huanta, y regresaban siempre hablando unas cuantas palabras de castellano». Tampoco le fue fácil adaptarse a la vida de colegio, sobre todo cuando tenía que quedarse a vivir en Huanta en un cuartito que compartía con su hermano y donde también se reunía con sus amigas para superar sus dificultades: «Mis amigas eran, pues, las amigas del colegio, del salón más que nada, mis vecinas del cuarto que yo vivía y las amistades de la zona más que nada. Con ellas siempre pasábamos la vida, porque irse de la chacra a la ciudad también era un poco chocante, pues tú estás acostumbrado a la chacra y vas a la ciudad, te sientes triste. No te gusta la ciudad pero después ya, te acostumbras, pues».

Lo que aprendió Cirila en el colegio le sirvió bastante para su vida futura. También las cosas que sabía de la chacra fueron importantes

para lograr lo que ha conseguido hasta hoy. Ella recuerda cómo cuando era niña ayudaba en la chacra y, al mismo tiempo, aprendía a hacer negocio con lo que producía: «Cuando mi papá trabajaba en la chacra, le ayudaba; cuando mi papá iba al monte a coger cochinilla, le seguíamos con mi hermana y hacíamos igual que mi papá, pues, y eso, lo que cogíamos, era para nosotros; esa platita teníamos que guardar. A mi mamá le hacíamos guardar con nombre y todo en una bolsita, cuánto está y de quién es cada uno, porque mi hermana mayor y yo estábamos más con mi papá, con mi mamá y entonces eso hacíamos. Íbamos a traer leña, así como te digo arreando las vacas al monte en las mañanas y a la vuelta teníamos que cargar leña, y eso teníamos que juntar los gruesitos para mandarle con mi mamá a Huanta, y ahí también teníamos ya platita, y mi mamá vendía y nos daba: 'Acá está la plata de tu leña' a cada uno, porque ya sabía cuál era de mí, cuál era de mi hermana. Entonces, nos devolvía la plata y eso le dábamos a mi mamá. Le hacíamos guardar también, y cuando ya teníamos un poco juntadito, más o menos, nos comprábamos algo de nuestra ropa y le ayudábamos cuando mi mamá este... tenía que llevar verduras. Mi mamá arrendaba verduras de Viru Viru, de Cangari; teníamos que ir a traer zanahoria, cebolla, col. Así, en la chacra mi mamá arrendaba de su dueño y eso nosotros teníamos que cosechar para que mi mamá lleve a Huanta los domingos a vender».

Cirila aprendió el valor de la educación y del trabajo en la chacra y los negocios, y como toda joven de su edad, se interesó también por el amor. Al comienzo, las amigas la molestaban con diferentes chicos, pero ella no les hacía caso «a ningunos». Hasta que conoció a quien en ese entonces era su vecino y ahora es su esposo: «En Huanta, él



Cirila trabajando en su chacra.

venía cuando yo estudiaba. Él también estudiaba. Entonces, para eso, había un amigo que tenía abajo, que estaba con una vecina del cuarto que yo vivía. Acá abajo nomás vivía la chica. Entonces, siempre venía ese chico porque era su enamorada. Entonces él venía siempre. Ahí jugábamos, conversábamos, así, y después a él también le había traído y en eso es lo que nos conocimos».

Pero el amor de los jóvenes a veces también tiene sus costos: «Cuando estaba en cuarto de secundaria yo estaba con él y de

ahí llegue a tener a mi hija. Entonces, bueno, él me dijo para irnos, pero yo no he querido, porque yo ya sabía que la otra mi hermana hizo eso, se escapó con su marido, y como sufrían mis padres, yo he visto eso y dije: 'No, qué me van a decir mis hermanos, qué me van a decir mis padres', porque yo estaba estudiando. Yo era la única que estaba en secundaria, de las mujeres. Entonces, 'ahora qué me van a decir'. En eso estaba, pues. Bueno, no fui, pues, a ningún sitio y me quedé aquí. Terminé cuarto. Para entrar a quinto, tuve mi hija y en eso mi mamá me dijo para seguir estudiando. Hasta me hizo matricular mi quinto de secundaria. 'Voy a tener aquí a tu bebito,

sigue estudiando’, me dijo todavía. Tenía vergüenza y no he ido ya. No he ido. Ya estaba matriculada y no he ido y dejé, pues, de estudiar».

Era el *sasachakuy tiempo* cuando Cirila comenzó su nueva familia. En esa época ni a los varones ni a las mujeres les iba muy bien. Su esposo, como todos los varones de la chacra en Huanta, tuvo que irse a la selva para trabajar y conseguir dinero para su familia. También Cirila apoyaba al sostenimiento familiar haciendo pequeños negocios y cuidando a su primer niño. Pero el *ñakariy*, ese sufrimiento de todos, no tardaría en llegar a su pueblo. Un día le avisaron que venían los montoneros de otra comunidad. Le dijeron también que debía ocultar sus pocas cosas porque le iban a quitar todo. Más tardó en escuchar lo que le decían que en sentir la presencia no solo de los montoneros sino también de los militares que los acompañaban. Estos empezaron a reunir a la gente y a gritar: «¡Apúrense, vayan arriba carajo!’, nos decía. ‘¡Apúrense, apúrense!’, decía ya, pues. Yo y mi suegra hemos salido, pues, y discutiendo íbamos por la carretera. ‘¡Carajo, a esos sus amigos los han enviado, los han escondido, a esos sus amigos terrucos!’, todo nos decía pues. Yo le dicho de mi esposo, cuando me preguntaron, que está en Lima. De todo eso me decía: ‘Sí, Lima, Lima, carajo. Al monte se ha ido con tus amigos. A tu esposo le has escondido. ¡Lima, Lima, carajo! Ahora arriba van a ver’. ‘¿Qué me van a hacer?’, decía, pues, yo, lisa, pues, con el hombre estaba discutiendo, y cuando aparecía allá arriba la curva en la carretera estaba militares. Me he asustado y ya he bajado y ya no me ponía lisa y entonces, en eso ya llegamos: ‘Pasen, pasen para allá’; tras de la puerta estaba la gente reunido».



Cirila y su esposo.

Cirila tuvo mucho miedo, a pesar de que con ella estaba parte de su familia: «Mi mamá también ha ido junto con nosotros. De acá, pues, nos ha llevado esa gente; nos ha recogido para arriba, a mi mamá, a mí, a mi suegro, mi tío de abajo. Después a un hombrecito que trabajaba en la chacra de Quispe.

Hemos ido, pues, a los que han encontrado, pues, en nuestra casa, nos han llevado para arriba, y llegamos tras de la posta. Ahí estaba, y por tras de la posta está pasando acequia. En la acequia estaban pisoteando a la gente los militares. Aparte, al borde de la acequia estaban golpeando a la gente. «¡Ah, Dios mío!», dije. Y ahí estaban señoras amontonaditas, llorando, todo, ahí encerrado, pues, y en eso a mi suegro también le habían dado golpe. Después, a un señor de arriba, después a ese peoncito de Quispe, después a mí también, pues, con palo. '¡Si no tiras, mierda, ya sabes!', le decía el Centurión, pues, lo que nos ha hecho golpear, y con un soldado. Acá me ha dado tres palazos, acá [se señala la espalda y la cintura] y en el último ya no he aguantado, he gritado. Después de eso, nos llevaron delante de la posta y de ahí uno por uno, a un cuarto en la posta. Yo ni cuenta me había dado, a mi mamá le habían llevado ahí, y gritaba mi mamá del cuarto, y ahí ya una señora me dijo: 'A tu mamá se lo han llevado'. ¡Qué cosa si no te deja vas a ir también! No te dejaba moverte. Te

están cuidando los soldados, aparte las mujeres, aparte los varones. Los varones chorreando su sangre, todo su camisa roto; ay, daba miedo, señora. Aparte montonados y aparte nosotros... Otro soldado se fue donde Centurión a avisarle. Entonces, ahí vino: 'Ah, carajo, así, pues, hablen. ¿Por qué no hablan, pues? Por eso están recibiendo golpe'. '¿Acaso a nosotros nos has preguntado?', hemos dicho, pues. No nos ha preguntado nada y nos ha dado golpe al toque, y ahí las señoras no habían querido y una de ellas también dijo: 'Sí, de qué nos vamos a hacer golpear. Nosotros también hay que capturar y luego hay que entregar a los terrucos. Por eso nos están golpeando. Vamos a entregarle', dijo recién cuando a ese señor también le han roto la cabeza».

Tomaría mucho tiempo contar todo lo que le pasó a Cirila. Quizás simplemente hay que señalar que a pesar del *ñakariy*, ella buscó superar su problema. Desde esa vez, Cirila apoyó mucho más a su esposo, y él a ella. Muchas cosas han logrado así. Ella siempre le cuenta todo y también le aconseja, aunque Cirila dice que ella le da más consejos a él. El apoyo de su esposo se ha sumado, así, a la educación que le dieron sus padres, su interés por la chacra y el negocio para que Cirila se convierta en lideresa en su pueblo y en otros sitios.

Cirila cuenta cómo, cuando todavía duraba el *sasachakuy tiempo*, empezó a participar en actividades para su familia y en iniciativas públicas para la comunidad como promotora. A los pocos años de casarse, ella fue invitada a participar en una institución, una ONG que trabajaba en Huanta, pues el personal de esta institución se interesó por su trabajo: «Esas veces estábamos trabajando en la casa de mi suegra. Cuando estaba trabajando, ellos sembraban, pues, harta verdura, todo. Entonces a mí



Cirila entregando un premio.

mi suegra me mandaba a Huanta con los productos. Ella casi ya no iba. Iba los domingos nomás ya, conmigo, pero a mí es lo que me dejaba para vender, para cobrar, para comprar cualquier cosa. Entonces, después ya ella ya no quería ir. Todo era a mí, hasta agarrar plata. Y en eso estábamos sembrando y éramos más antes los mejores productores. Como mi esposo era joven, pues, sembrábamos con mi suegro papa, maíz, y esa vez que hemos empezado a sembrar papa, hemos

sacado buena cantidad. Llenecito de la casa papa montonado. Mis semillas eran mejoradas, certificadas. Con todo eso y así estábamos, y así trabajando, hemos comprado un carrito, un Datsun, y junto con mi suegro trabajábamos, teníamos animales, o sea de mi suegro, pues, y ahí juntos, mi esposo se conocía con un señor que era regante de Cachi Huanta con el canal, y un día le había dicho: '¿Sabes qué? Quiero que me lleses una carrera. Voy a cosechar miel a Pampay', así le había aceptado. Mi esposo le había llevado con todas sus cajas. Había ido a cosechar miel, y así, en un baldecito llenecito, le había regalado, y mi esposo había visto y le había preguntado, pues, cómo era, y le contaba, dice, pues, y él emocionado, y le había dicho: 'Me vas a vender una cajita', y le ha vendido. Para eso, en un árbol de tara, creo, así se había venido abeja, no sé dónde. Mi esposo vio, se lo sacó ese panal, y con eso

ya teníamos dos cajitas, pues, como había visto al señor y al señor más le solicitaba siempre ya para que le lleve, porque tenía en distintos sitios. Entonces, así iba siempre y el señor venía, nos contaba, se lo ha traído la caja, se lo ha instalado todo, le ha explicado. Entonces, ya lo teníamos. Así, Tadepa se ha interesado de nuestro trabajo».

El trabajo de Cirila en la producción de miel no solo mereció el interés de esa institución, sino que las mismas autoridades comunales comenzaron a fijarse en el trabajo que ella hacía. Las autoridades, que solo se fijaban en los varones, la designaron promotora de salud: «Era tiempo del terrorismo cuando nos hemos ido a agrupar al frente a dormir. Hubo una reunión en la casa comunal. Entonces, ahí yo también estaba, pues, sentadita en el rinconcito, y para eso en el cuartel Castro Campa les hizo llamar a las autoridades, y esa vez apareció el cólera. Entonces, les había hablado y les había dicho que habían de elegir a dos personas de cada comunidad para que vengan a una charla contra el cólera. Entonces, el presidente regresa y en esa tarde nos contó, pues, 'Vamos a elegir a dos personas', yo y una señorita, que es soltera, entonces a ella le eligieron y a mí. Yo no quise y después a mi esposo también le dijeron: 'Señor Delfín, ¿sabes qué? Que vaya un



Feria de productores de miel.

rato nomás. Dice va a ser una charla nomás, y mi esposo aceptó'. Entonces ya dije: 'Bueno'. Nadie no dijo ya nada: 'Tienen que ir, tienen que ir, bueno, las dos'. Y la señorita no quiso, no aceptó por nada, pero sí la eligieron. 'Cuidadito que las dos ya están ya'. Al día siguiente voy y la señorita no ha ido. 'Qué me importa', pues, voy al hospital. Nos han dado charla, pues, ahí, y nos dijo que tiene que haber dos: 'Una más tienen que nombrar, ahora regresando vas a decir que nombren a otra persona más'. Regresé y les conté. Eran dos días de capacitación. Entonces, voluntariamente, la esposa de mi comando¹⁴ aceptó. 'Yo voy a ir'. Entonces, con ella ya al día siguiente hemos ido. Regresamos en la tarde para dar réplicas. Entonces, 'Tú vas a leer', nos ha dado una hoja así. 'Tú vas a leer y yo voy a explicar', me dice la señora. 'Ya'. Yo estoy leyendo y ella va explicando, según a lo que leo ella explica. Después, para otra fecha nos hace llamar. Ni más ha ido ella. Ya no quiso ya. ¿Por qué? Porque ha visto que uno tiene que perder su tiempo, que no hay almuerzo, que no hay pasaje, que no hay nada. Entonces, ya no ha ido al siguiente que nos hacía llamar. Después otra vez así nos hace llamar. Yo voy sola y siempre me piden que sean dos, porque si una sale la otra queda en la comunidad, porque si es una nomás y se va, ya no hay quién se quede. Hasta eso puede haber cualquier emergencia, entonces, nada, pues. Yo no hice caso. 'Qué me importa', y para eso las capacitaciones a mí me gustó porque primero era para mí lo que voy a aprender. Todo era para mí y después para el resto, ¿sí o no?, y lo que aprendes primero es para ti. Entonces, me gustó. Como es en salud, ya yo seguía. En eso mi hermana entró de voluntaria. Con ella ya iba, íbamos. Íbamos así, y después,

14 Jefe de la ronda campesina local.

de mi hermana también su marido había dicho: 'Estás perdiendo el tiempo, que esto, que el otro, qué te sacas con eso', ya no ha ido mi hermana también. Yo sola hasta ahorita sigo».

Esas ganas de aprender de Cirila le ayudaron a trabajar como promotora



Cirila en la fiesta patronal.

de salud, tarea que sigue realizando aún hoy en día. No es que ella aprende solo para ella, no es que sea egoísta, como bien lo aclara. Cuando aprendes algo, necesariamente es para ti, porque tú eres la que aprende, y luego es para el servicio de los demás. Esas ganas de aprender también han despertado en ella su interés por la lectura. Nos cuenta: «Un día así, cuando fui a la feria en Huanta, escuché, pues, un montón de gente. Yo también me acerqué a curiosear y había una ambulante que estaba hablando ahí, pues, y tenía esos libritos. Era de toda cosa. Entonces, ahí, pues, estaba hablando: 'Si tú quieres estar con tu mujer, para que te cuides es esto. Si tú quieres en estos días estar con tu mujer, puedes estar. En estos días de peligro no puedes estar, aunque sea cargándote tu colchón vete, ándate a la chacra, donde tu vecina, no sé dónde a dormir, para que no tengas este problema», decía. Entonces, me compré ese librito; si no, me hubiera llenado más hijos, y he traído. Y por eso mi esposo me dice: 'Ella misma había traído ese librito'».



Cirila firmando un convenio.

No es que la lectura le haya servido solamente para no tener más hijos. También le ha servido bastante para ser promotora y líder de su comunidad, e inclusive de la provincia de Huanta. Cirila es consciente de que ahora los líderes y las lideresas tienen que saber bastantes cosas y

por eso es muy importante que siempre se capaciten. Ella nos cuenta: «Había, pues, otros que no tenían estudios. Había autoridades que sabían solamente firmar, leer un poco así nomás, pues. No como ahora, en cambio. Ahora, pues, ya autoridades son por lo menos de secundaria, primaria completa, antes no era así».

Aprender nuevas ocupaciones como agricultora, promotora de salud, alfabetizadora, leer y otras actividades que hemos mencionado anteriormente le han permitido a Cirila ser una líder conocida. No solo se siente satisfecha de ayudar a su comunidad. También se siente bien con lo que ha logrado para ella a partir de su condición de líder. Menciona, por ejemplo, que es una mujer que ha aprendido a viajar, a conocer otros lugares: «Primeramente, gracias a lo que mis padres me han hecho estudiar, si no hubiera sabido leer ni escribir seguro no hubiera hecho nada, no hubiera conocido nada, pues. Primeramente sería eso. Después, asistir así a las capacitaciones, pues, más que nada

a las capacitaciones, a los eventos; por decir, a mí me mandó hasta Cusco, hasta Piura, a Lima. Sí, así con la miel que teníamos yo he ido a un encuentro de microempresarios a Lima. Después hemos ido a Piura, también; a conocer los derivados del algarrobo». También ha viajado a la selva, a San Francisco, no solo para acompañar y ayudar a su esposo en la chacra, sino también para trabajar como alfabetizadora entre los años 1994 y 1996, ayudando a otras personas, especialmente mujeres, a aprender a leer y escribir. Ella está convencida de que las mujeres sí pueden ser autoridades: «Ahora en Cangari somos varias, bastantes familias quieren nombrar a una mujer, dicen».

Algo que Cirila considera muy importante es que las personas, sobre todo las dirigentes, siempre participen en varias actividades. Ella recuerda cómo durante los años que estuvo en la selva también trabajó durante un mes y medio, en 1996, como promotora de salud de la institución Prisma para recoger datos sobre desnutrición.

Cirila es consciente de que muchas mujeres no cumplen con sus compromisos y eso no ayuda para que sean dirigentes: «Yo ya quería renunciar y no quieren, pues, la comunidad, y me han reelegido; entonces, yo les he dicho: 'Para mí sola es mucho', y nombraron dos más, y esas dos personas



Cirila mostrando un fruto de su chacra.

también nada. Han ido dos, tres oportunidades a las capacitaciones, y ya no van, pues. Como te digo, estoy solita hasta ahorita».

Ahora ya casi no se dedica a la alfabetización, pero aprovecha algo que es muy importante para apoyar el trabajo de la población, especialmente de las mujeres. Cirila tiene en la actualidad un programa radial como parte de las actividades de la Asociación de Promotores de Salud (APROMSA). Ha aprendido locución, y nos dice que le gusta ser locutora, para aconsejar, para explicar las finalidades de los promotores de salud y sobre todo para que la gente de su pueblo la escuche, porque ella sabe que su familia está orgullosa de que participe en la radio.

A partir de sus actividades como lideresa, otras personas de Huanta se han interesado en el trabajo de Cirila. Ella ha sido invitada a participar en las últimas elecciones municipales por uno de los candidatos: «Me había llamado por un profesor, Pino. Él, no sé cómo, así se habrá enterado

de que yo era promotora. Entonces, para eso se conocieron con mi esposo. Estaban en un curso de crianza de abejas. Entonces ahí, pues, él le había comentado diciendo que 'Estoy yendo en una plancha', dicen, creo. Entonces ahí le había dicho que 'Tu esposa debe acompañarme en la lista



Cirila con promotores de salud.

porque es promotora', además que todas las mujeres iban a apoyar justamente porque soy mujer. Aunque ella aceptó la propuesta, hubo un problema: Cirila había firmado por otra lista y esto hizo que su candidatura fuera rechazada por las autoridades electorales. Ella propuso, entonces, que fuera la presidenta del Club de Madres quien asumiera la candidatura.

Lástima que esa lista no ganó las elecciones, pero ella no se ha desanimado. Su compromiso sigue estando con las mujeres. Cuando piensa en lo que es la felicidad para ella, no puede dejar de pensar en las mujeres que sufren violencia: «En mi familia o en mi hogar con mi pareja tener una felicidad, no estar en violencia, porque si voy a estar en violencia, no voy a vivir bien, no va a ser felicidad. ¿O no es así? Siempre todavía hay mujeres que no son felices, siempre hay violencia, hay problemas. Por eso yo digo al ver a esas pobres mujeres: '¿Qué sería la vida si yo estaría así, si yo pasaría esa vida, Dios mío?', digo yo. Veo que son maltratadas, que tienen problemas en toda forma... Allí no hay felicidad. Yo les explico que no debe ser así, pero hay personas que te escuchan, hay personas que no. A veces dice que si tienes golpe, tienes que aguantar como sea, porque ella está para eso, así dicen. Todos tenemos derecho, no tenemos que estar resistiendo el golpe».

Cirila recomienda que las mujeres participen en la vida pública del pueblo, de la comunidad, del municipio, etcétera. Ella dice que las mujeres «no tengan miedo de trabajar para su comunidad, para su pueblo y para su familia, que a veces a cualquier invitación, cualquier institución o cualquier dirigencia, cualquier miembro que eligen, si

te eligen es para que aprendas algo. Es para que hagas algo en tu casa, en tu comunidad, para que salgas adelante». Ella tiene el mejor ánimo de participar por la comunidad, por su familia, aceptando nuevas tareas que se le asignan y que siempre cumple, porque es mujer de palabra.



FELICIANA

«Si no tendría mi capacidad, no estaría liderando a las organizaciones»

Feliciano Huamán Sosa (33), quechuhablante, nació en la comunidad de Chullcupampa, distrito de Huamanguilla, provincia de Huanta, el 11 de mayo de 1975. Actualmente, reside en el distrito de Huamanguilla con sus padres y sus tres hijas. Fue regidora de la municipalidad distrital de Huamanguilla durante el período 2002-2006. Ahora es la presidenta de la Asociación de Delegados de las Organizaciones de la Sociedad Civil y Afectados (ADOSCIA). Se dedica a la venta de comida en su pequeño restaurante en el mismo distrito de Huamanguilla. La señora Huamán Sosa fue nominada por el Frente Provincial de Organizaciones de Afectados de la Provincia de Huanta (FREPOAVIPH) y ADOSCIA.

FELICIANA:

***«Si no tendría mi capacidad,
no estaría liderando a las
organizaciones»***

Feliciana nació en la comunidad de Chullcupampa, en el distrito de Huamanguilla, de la provincia de Huanta. Reside desde hace siete años en el distrito de Huamanguilla. Tiene un poco más de 30 años y pese a su condición de joven, cuenta con una larga experiencia de vida.

La vida de Feliciana empezó a cambiar cuando tenía alrededor de 9 años, y sus papás, por miedo a la violencia que afectaba a la comunidad de Chullcupampa, decidieron irse a vivir a la capital del distrito. «Hemos vivido ahí desde mi niñez hasta 1984, cuando hubo ya tiempo de la violencia política. Había un enfrentamiento que le han matado a mis tíos, hermano menor de mi papá y a su esposa; a los dos le han matado y le han dejado a mis primitos, seis hermanitos, uno de ellos con tres semanas, recién nacido la bebe. Y le ha dejado, padre y madre le ha matado, y encima su casa le quemaron, sus animales le han llevado. Por ahí nos hemos venido hacia Huamanguilla».

Su papá y su mamá eran agricultores. Él solo tenía estudios de primaria incompleta, mientras que ella nunca había ido a la escuela. A pesar de su pobreza, Feliciana tenía a sus papás y a sus ocho hermanos vivos.

Así, nunca se sentía sola, aunque recuerda que su mamá le pegaba mucho: «Sí, viven mi papá y mi mamá. A lo que veo, más me engríe a mí. Pero yo me recuerdo que a mí mi mamá me pegaba más cuando yo era niña... Muy juguetona, a mí me gustaba jugar con muñeca y yo me cogía bolsitas de todo color, le hacía sus pañales, todas sus ropitas de la bolsita nomás y siempre mi mamá me mandaba».

Pero quizás lo que en esa etapa más le dolió es que cuando llegó al sexto grado, ya no pudo seguir estudiando. «Yo quería estudiar, pero mi mamá me ha dicho: 'No, ya no vas a estudiar en colegio, hija', diciendo. Incluso mi hermano finado se discutió con mi mamá: '¿Por qué no le vas a poner si ella es alumna buena? Está en primer puesto. ¿Cómo no vas a poner que se entre al colegio?', diciendo. 'No y no'».

Feliciana tuvo que aceptar la decisión de su mamá, pero como desde chiquita jugaba a vender y comprar con sus hermanos, y desde que tenía 9 años había hecho pequeños negocios, tomó la decisión de dedicarse a trabajar, pero todavía en Huamanguilla, como ella cuenta: «Yo sembraba cebolla, en grande, llevábamos en carro... Tenía 12 años,



Feliciana Llevando Gallardete de su colegio, hace pocos años.

y yo no sabía administrar la plata, bastante plata era. Dije: 'Qué voy a hacer con esta plata, a quién le voy a hacer agarrar, a mi mamá o qué cosa compro'. Y yo compraba su ropa de mi mamá, de mi papá. Y yo me traía frutas; mejores frutas, plátanos, esas fechas había, ahora más bien no le veo; bizcochos de huevo, bien rico, cuando comes con plátano más rico. Eso yo me traía y mi mamá contenta, feliz; 'aquí está tu ropa', diciendo. Por eso me quiere mi mamá, y me gustaba escogerle con qué tipo de ropa mi papá debe ponerse. A mi mamá también, porque mi mamá nunca ha utilizado enagua. Yo le compraba: 'Mami, con esto te vas a poner', diciendo». Es que ella había aprendido a trabajar en negocios: «No sé, en mi tiempo o en mi edad de 15 años o 14 años yo no he sentido adolescencia. Mis amigos, amigas, eran señoras, señores; me gustaba conversar con mayores. Y ellos me decían: 'Feli, podemos sembrarnos cebolla'. 'Ya, tía', le digo. 'Yo le voy poner las semillas y tú me vas a ayudar a regar, desyerbar, así, y vamos a ponernos plata igual para comprar abono de corral de cabra'. Y nos traíamos de Pacaycasa, de Huayllapampa; por sacos comprábamos...».



Felician atendiendo su negocio.

Felician destacó cada vez más no solo en la siembra sino también en la comercialización de productos. Descubrió que ella podía vender con más ganancia las verduras si se adelantaba a la venta de los fines de semana: «Los

días domingos nomás hacen compras y cuando hacen compras los días domingos, para jueves, viernes ya se terminan sus verduras y justo para ese día venía». Al cumplir los 18 años, decidió llevar su negocio hacia la selva. «Había una señora, la madrina de mi hermana, que se ha hecho casar. No era señora sino una joven, mi mayor; joven, pues, tendría unos 25 años, soltera. Con ella nos hemos puesto de amigas, pero mi mamá no quería que yo me junte con nadie. Con ella nos encontrábamos en San Francisco. Ella se iba de Ayacucho a la selva. Yo me iba de acá y nos encontrábamos en San Francisco. Yo llevaba de acá todo tipo de verduras, hortalizas... En San Francisco vendíamos. 'Más venta hay en Santa Rosa', diciendo, nos dijo. Nos llevábamos a Santa Rosa ya, pero en Santa Rosa hay feria en día domingo. 'Viernes salen de acá, sábado y domingo en Santa Rosa hay feria'. Nosotros en la feria no íbamos, señoritas jóvenes de 25 años, 30 años ellas sí iban. Son madres solteras, así iban. A nosotros qué nos hubieran dicho. Nos hubiera pegado, porque son envidiosas».

Pero el negocio de la selva también implicaba peligros, principalmente para una chica joven como Feliciana. «Mi hermano finado era bien celoso conmigo. No quería que viaje a la selva, porque mayoría las jóvenes cuando viajaban se quedaban madres solteras, porque los choferes son mañosos y después de darle hijo le dejan, y de eso mi hermano, el finado, estaba trabajando en esa fecha en un barrio, Nueva Esperanza Alta. Ahí estaba trabajando mi hermano y me decía: 'No, Feli, cualquier momento los choferes te van a decir 'Soy soltero' y a fin de cuentas no son solteros, tienen su familia y no puedes perjudicar su familia. Tú no mereces ese tipo de hombres, sino mereces trabajador, así que como tú trabajas, luce', diciendo, y no sé por qué, no puedo

explicarme, siempre gustaba fastidiarme jóvenes solteros, pero adultos, mayores de 10 años, de 15 años, 12 años a mí; y había un paisano profesor, hasta ahora trabaja, profesor de secundaria, me fastidiaba. Yo le decía 'No y no', en Santa Rosa».

Por ese entonces, Feliciano frecuentaba la iglesia y con sus amigas formó la Hermandad de Santa Ana: «Ahí se integraban jóvenes, señoras, más que nada mayores de edad, y ellas eran mis amigas preferidas. Hasta ahora viven, señoras ya de edad. Y siempre, siempre me gustaba sentar en primera banca. Siempre y hasta ahora en cualquier reunión me gusta sentarme en la primera banca, y me gustaba cantar porque hay un libro, *hanan pacha*. Eso yo dominaba todititito yo sabía cantar. Yo sabía en qué página, en qué número estaba, en mi mente nomás nadie me ha enseñado. Y desde esa fecha cualquier cosa yo pedía. Dios me hacía caso, creo».

Los sucesos que tiempo después ocurrirían pondrían a prueba la fe de Feliciano. Por ese tiempo conoció a quien sería su pareja: «Cuando estoy trabajando, mi primo estaba en el cuartel. Vivíamos juntos, y cuando tenía 17 años se ha venido al cuartel y esa fecha también se había venido el que sería mi esposo al cuartel. Su promoción era, pero mi esposo es mayor... No tenía su libreta militar, creo. Él se ha presentado solo, pero mi primo de 17 años ya estaba en el cuartel, y todos los sábados y domingos era visita. Yo llegaba de la selva sábados y nos íbamos con mi prima, nos íbamos a visitar al cuartel. En ahí dice se ha fijado en mí, según que él me dice. Pero cada vez: 'Esa cara yo le he visto', medio sonriente me miraba, cuando llegábamos ya no hacíamos cola. Había cola para entrar; nos dejaba entrar: 'Pasen,

señoritas; pasen, amigas’, diciendo. ‘Promo, tu familia; promo, tu visita’, diciendo, llamaba, y mi primo venía, y nunca me dijo nada, pero según él a mi primo le decía: ‘Primo, primo, con tu prima me voy a casar’, diciendo. Y un día (habrá sido, pues, el ‘94), han salido, de dos años salen, y un día 26 de junio del ‘94 yo me he venido acá a Huanta. Según él, siempre se fijaba. Siempre le visto en el cuartel, pero aparte de eso nunca no le he visto. Y 26 de junio me vengo acá a Huanta a hacer compras. Yo tenía mi cuarto en una casa de un señor que con su esposa nos hemos puesto amigas, y en su casa yo vivía, dormía en su casa, me alojaba. De ahí me iba a la selva. Y me he hecho compras en la mañana, de mediodía voy a su casa, cocinaba; y mi tío, el señor (en sí no era mi tío, pero así yo le trataba y a su esposa le decía ‘mamá’, bastante hijitos tenían y esos sus hijitos yo le quería y ellos también me querían como mis hermanitos, así), ese señor toca orquesta y a diferentes sitios se va a tocar. Había fiesta patronal en Huamanguilla y salen de Huanta para la víspera, y para mi tío había traído. Esas fechas siempre a los músicos les traían una porción de *puca picante*, su chicha, su trago, su cerveza. Para llegarme a su casa



Padre y madre de Feliciana.

estaban toditos los músicos comiendo, estaban almorzando. Llegué, me ha servido, hemos compartido la comida. Mi tío estaba ahí... pero qué ocurrencia, yo después de ir a su casa, yo nunca salía, y ese día no sé qué ocurrencia, me pongo a salir... Yo ya tenía 20 años, y su papá de mis hijos todo sonriente aparece con un joven, de abajo, y recién dos días del cuartel había salido. Todo sonriente y me dice: 'Hola, amiga'. 'Hola', le digo, y me invita gaseosa. Pero para eso no tenía enamorado, pues, nada, nadie no me ha dicho hasta 20 años, y nos conversamos, conversamos así, y después me invita a su cuarto. 'Vamos a mi cuarto', me dice. ¿Y por qué? ¿Acaso yo era 15 años, 14 años para seguir? 20 años cómo no voy a pensar, yo le he seguido... 'Vamos abajo a pasear', me dice. Y yo le digo: 'Qué ocurrencia, me vas a traer, después me vas a llevar más abajo. ¿Por qué me vas a llevar?', diciendo, '¿Qué cosa tienes?'. Me dice: 'No, no sé, yo te conozco, yo le digo a tu primo, primo', diciendo, y así me llevó y conversando, conversando más abajo de su casa y de vuelta me trae cerca de su casa. 'Vamos a mi cuarto', diciendo a la fuerza. Yo le digo: 'No, no vamos a ir'. Me dio su nombre y a la fuerza me llevó cerca a la casa de su abuela. 'Quieras o no, vas a ser mi mujer', me dice. Después yo me he puesto totalmente nerviosa. Lloré, lloré, demasiado, demasiado lloré, y me dice: '¿Por qué lloras, si vamos a hacernos esposos?'. Y yo le digo: '¿Qué cosa? ¿Así vas a engañar a una mujer?', le digo».

A pesar de los difíciles momentos que luego sucedieron, Feliciano no perdió las fuerzas para enfrentar los problemas. Decidió viajar a Huancayo, donde vivían algunos de sus hermanos para poder trabajar. «Mi hermano justo necesitaba muchacha, y yo pensaba: 'Voy a irme y voy a trabajar en Huancayo', y yo sé que en Huancayo voy hacerme

mi vida». Sus hermanos se preguntaban por lo cambiada que estaba cuando llegó allá. Feliciano esperaba un bebé. «Eso era peor. '¿Cómo voy a tener un bebé?', diciendo, '¿si nunca me hablaba de casarme, de ser enamorados, o así se forma una familia?', decía. Eso sí me contaba mi mamá, que antes no había enamoramiento. Sus padres mismos se buscaban, se encerraban en la casa así, y eso yo tenía en la mente. 'Así, será por eso me habrá hecho', diciendo, y mi hermana me dice: '¿Tú conoces a ese hombre?'. 'No', le digo. '¿Qué tal ese hombre tiene su esposa o qué tal es acostumbrado? No vas a casarte. Si nace, nosotros vamos adoptar', diciendo. 'Hasta marzo vamos a quedar, hasta que nazca tu bebe. Bebito, recién nacido nosotros lo adoptamos', me dijo mi hermana.



Algo más aliviada de contar finalmente a su familia lo que le había sucedido, Feliciano comenzó a trabajar en Huancayo: «A partir de las seis hasta las nueve tejía chompa a mano con crochet. En una semana dos chompas le sacaba y esas chompas en la feria vendía, y eso era también otro extra ya, porque en sí hasta las nueve trabajan los

trabajadores en el taller, pero en la noche yo tenía miedo: puro varones trabajaban, y ya a las nueve de la feria recién llega mi hermana».

Pero como si su destino estuviera marcado, después de unas semanas, con motivo de una reunión familiar, regresó a Huanta. Allí nuevamente se encontró con el hombre: «Nos encontramos, y yo le digo: '¿Para qué me buscas?', le he dicho. Seguro más gordita, mi cintura más ancho era, me agarra mi barriga y me dice: 'Tú estás esperando un hijo', me dice. Ahí también me dice: 'Cuidadito que pierdas a mi hijo, me vas entregar, y yo quiero casarme', me dice. 'Si quieres ahorita regreso y traigo todo mi familia para que converse con tu familia', diciendo. 'Yo no te voy a dejarte, yo no me burlado, yo quiero casarme contigo', diciendo».

Feliciana no se casó inmediatamente, pero se fue a vivir a la casa de los abuelos de él. Su responsabilidad para el trabajo la llevó

inmediatamente al negocio, a pesar de que se hallaba en los últimos meses de embarazo: «El abuelito decía: 'Feli, ¿sabes? Que tú estás mal, estás esperando un bebe. Ese bebe tienes que esperarle con cariño. Ahora estás moviéndote. Tú eres mujer. Tú eres simplemente para que cocines, para que laves su ropa, para que



Boda de Feliciana.

parches su ropa. Si está roto, para que lo parches, para eso nomás eres. Por algo te ha buscado mi nieto. Él tiene que trabajar, tiene que ser responsable'. Yo decía: 'Pero papá, así nunca vamos a progresar esperando del hombre nomás. Yo estoy acostumbrada a trabajar



Hijo e hija de Feliciano.

y tener mi plata. Yo no quiero estar sentada. ¿Qué cosa hago? Aprendería a dormir y todos los días me voy a dormir. Ustedes se van a cansar. Mejor nosotros los dos trabajamos. Él también con ese ánimo va a trabajar».

Los días pasaron y finalmente nació el primer hijo de Feliciano. La llegada del bebé no cambió la situación con su pareja. Al contrario: «Él no era responsable. Que otros hombres están al lado de sus esposos hasta que dé a luz esperando el bebé que viene con ese ánimo de querer, de darle ese calor a su hijo. Él no, se ha ido. Nació mi bebé con tanto sacrificio, porque yo no podía dar luz, porque mi bebé era gordo, con cuatro kilos nació. Como era varón, él quería que nazca mujer; me dice: 'No, yo no quiero, no quiero varón'». A pesar de esto, cuando el niño tenía cuatro meses, se casaron, pensando más en el ofrecimiento de los abuelos de dejar a la pareja herencia de chacras si el nieto contraía matrimonio.

Feliciana llegó a querer a su pareja. Soñaba con poner un negocio más grande para que lo administraran los dos. En los preparativos para hacer realidad su sueño, ella descubrió que su esposo era casi analfabeto, por lo cual ella decidió enseñarle a leer y escribir, así como las matemáticas básicas. «Tanto era el amor, el cariño como esposa que hemos comprado un libro, *Pablito*, de segundo grado, y teníamos cuatro árboles grandes de eucaliptos y sus pepitas me he juntado, y todas las tardes yo le enseñaba a sumar, restar, leer ese *Pablito*; y él tranquilo. Yo le decía: 'Yo voy a ser tu profesora y tú vas a ser mi alumno', diciendo, y le enseñaba. Cuaderno cuadriculado le he comprado. En ese cuaderno le daba la tarea. Primerito resta, después suma, ya estamos en multiplicación. Todo yo le hacía: 'Así vas a hacer', contando las pepitas de eucalipto, y él hacía. Yo le sacaba dieciocho, veinte... 'Sí, está bien, felicitaciones', diciendo, le animaba; con eso se animaba. Y yo decía: 'Así voy a enseñar multiplicación, voy a enseñar división, todito voy a enseñarte y ya no voy a estar sufriendo en la chacra como tu abuela sino vamos a tener un negocio propio'».

«Y después de casarnos (mi primer bebito tenía un año y dos meses), me pegó duro, duro, duro me pegó. De ahí yo me he decidido separarme, porque ya durante un año y dos meses ya le he visto cómo era su comportamiento». Pero su decisión de separarse tendría que esperar un tiempo más. Feliciana estaba esperando otro hijo. Cuando fue llevada al hospital por haber sido nuevamente golpeada por su esposo, los médicos le informaron que estaba gestando. «Su familia me dice: 'Ya vas a tener dos hijos. ¿Cómo te vas a separar? No te separes', diciendo, me hacen convencer. Yo me he ido donde mis padres, le conté y mis padres también han venido acá a Huanta para

que me separe y él se había ido donde las autoridades. Esa fecha había comandos, teniente. A ellos: 'Yo le he pegado, pero me voy a prometer que nunca más voy a volver a pegar, no me voy a separar de mi esposa', diciendo. 'Ya somos casados', diciendo, así, y de vuelta nos hemos juntado en Día de la Madre».

Al igual que en su primer embarazo, Feliciano tuvo un segundo hijo varón y, al igual que con el primer hijo, su esposo no tenía mayor interés en él: «No les daba cariño a los dos también, no les daba. Eso era lo malo de su papá, porque los hijos necesitaban cariño. Había otros que a sus hijitos les querían, pero él no les daba ese cariño, ese amor... Todo era discusión, pelea; a mis hijitos les pegaba. De ahí nomás nos golpeábamos entre los dos. Yo también, cuando él les pegaba a mis hijitos, no me dejaba». Quizás pensaba que teniendo una hija mujer él finalmente se calmaría. A pesar de los golpes, ella también quería tener una mujercita. Mientras tanto, con la esperanza de que su esposo trabajara, se fueron a vivir a Lima.

Tuvieron que pasar casi cinco años, para que después de cuidarse con la *inyección* en todo ese tiempo, finalmente tuviera



una hija mujer. Cuando volvió del hospital luego de nacer la niña, Feliciano pensó que todo sería distinto. Al fin le daba a su esposo la hija que él tanto quería: «Yo pensaba: 'Como es hija mujer, vendrá, a mí correrá, abrazará a su bebe, le querrá, cariñará'. Nada. Feliz, entramos a la casa, al dormitorio, feliz: 'Froilán, acá está tu bebe'. 'Ahí nomás pon', me dice. ¿Acaso siquiera le ha agarrado? No le agarraba...».

Entonces se enteró de que Froilán tenía otra pareja. Allí también tomó la decisión de regresar a Huamanguilla e iniciar una nueva vida. Gracias al apoyo de la dueña de una ferretería en cuya casa trabajaba como cocinera, pudo juntar un poco de dinero y recibir algunos productos de la ferretería para abrir un pequeño negocio en Huamanguilla. Lima, su esposo y todo el sufrimiento y los golpes que ella y sus hijos recibieron tenían que quedarse atrás.



Preparando la comida para la venta.

A pesar de los años tristes, Feliciano nunca dejó de interesarse en los negocios ni en el trabajo como líder local. Y eso fue muy importante para no perder el concepto que ella tenía de sí misma. Desde muy joven comprendió la importancia de participar en los asuntos de su pueblo: «En sí, líder he sido desde Huamanguilla. En Huamanguilla esa vez mi mamá también no sabía leer ni escribir, pero esa fecha era club de madres, no era Vaso de Leche.

En ese club de madres a mi mamá siempre le nombraban tesorera, secretaria, vicepresidenta, y yo iba. Me gustaba ir a ese tipo de reuniones y a mi mamá le decía: 'Acepta, yo voy a hacer, yo voy a hacer', diciendo, y mi mamá aceptaba y yo le llevaba su libro, redactaba actas, haciendo



Feliciano en jornada de arborización.

otras actas y así. Viviendo en Huanta, cuando nació su segundo hijo, Feliciano no perdió su objetivo de seguir participando: «Una vez el comando, el señor Daniel Rondinel, viene a la casa y le dice a mi esposo: 'Froilán, tu esposa es bien líder. Tiene vocación de servicio. Acá en Chacco no tenemos Club de Madres. ¿Por qué no puede ser ella presidenta? Mi esposa puede ser secretaria, su esposa de Emilio puede ser tesorera', diciendo. Y yo le digo: 'Pero tío, ese nombramiento de la junta directiva tiene que ser en una asamblea general, en ahí tiene que ser'. Para eso sí no me prohibía. Me pregunta si puedes o no. 'Sí', le digo, 'cómo no voy a poder si tengo capacidad', le digo. 'Ya, pues, ándate', me dice. Para eso sí no me prohibía... Feliciano llegó a ser presidenta del Club de Madres y, como tenía capacidad para gestionar apoyos y hacer negocios, rápidamente se ganó la confianza de las socias: «Reunimos más gente, a toda la gente, y el señor comando dice: 'Mira la nueva líder, acá está señoras, de dos meses ha logrado. Ella es conocida ya en provincia de Huanta, ustedes qué cosa creen'. Y las

mamás, felices, recogían su leche, felices, contentos. Me felicitan: 'Bien, gracias, por ti estamos recibiendo', diciendo. Seguimos, así seguimos, vino TADEPA. Había apoyo, así, en efectivo para poder trabajar con maíz, comprando maíz, haciendo telar y ese telar vender en el mercado, pero esa plata era préstamo, préstamo con bajo interés, y el capital de seis mil íbamos devolver. Para eso también me han nombrado a mí la presidenta».

Viviendo nuevamente en Huamanguilla, en el año 2001, Feliciano es invitada a participar en las elecciones municipales de ese año. Como ella se tiene confianza y sabe que puede hacer bien las cosas, toma una decisión: «Mi hermano estaba en política. Lo habían invitado para que sea regidor. Más o menos en junio o julio, creo, era su inscripción para los políticos para que se inscriban en la lista, y cuando vinieron a inscribirse acá a Huanta le habían dicho que tenía que ser 25% las mujeres, mínimo dos mujeres, y regresan. No se habían inscrito. Se han vuelto a Huamanguilla. En Huamanguilla, entre ellos, otra reunión se hace. A mi hermano le han dicho: 'Tu esposa o alguien representante de ti tenía que entrar', porque había una mujer nomás, una sola era, y mi hermano estaba viendo: 'Mi esposa no tiene esa capacidad para que pueda ejercer este cargo. ¿A quién voy a decir? Si digo a otra persona, tal vez cualquier cosa pase y no va a ser igual. ¿Por qué no le digo a mi hermana, si mi hermana es líder?', dice. Con su esposa conversaba: '¿Por qué no le decimos a ella? Pasu, yo sé que ella tiene su capacidad para que pueda ejercer ese cargo'. Y para ese día en mi sueño me ha revelado. Yo sé que el señor Dios no está muerto, está vivo, permanece y vive en mi vida. Para eso me cuenta cualquier cosa en mi sueño, y esa noche en mi sueño habían venido dos ancianos en

pareja, y me dicen: 'Por favor, nosotros a usted hemos escogido a ti para que seas mi madrina de matrimonio', y dice yo le he dicho: 'No, no y no, mi esposo está en Lima, yo soy casada; además, ustedes son ancianos, yo solo tengo veintitantos, yo soy tan joven para ser madrina...'. 'No, a ti te hemos escogido; además, tu esposo nunca va a volver. Se ha ido. Nunca más va a volver', así diciendo, así en mi sueño».

Feliciana no solo fue escogida como candidata; también fue elegida regidora por el distrito de Huamanguilla: «En 2002, diciembre, viajamos a Lima, con el alcalde electo, y mi persona los dos nos hemos viajado, a capacitación, cómo debe ser la gestión del 2003, del 2006». Como siempre, Feliciana entendió que debía capacitarse. No haber podido terminar sus estudios probablemente era como una fuerza que la animaba a tratar de aprender siempre. Además, ser regidora significaba tener autoridad sobre los funcionarios y la población local: «A mí me han dado las comisiones de Educación, Cultura, Deporte y Turismo, las cuatro comisiones, pero para mí las cuatro comisiones eran importantes. Por ejemplo, en la Comisión de Educación, yo hacía



Juramentación de Feliciana como regidora.

reuniones multisectoriales con los directores. Hay doce centros educativos a nivel distrital y ocho Pronoeis; con ellos, toditos, para cualquier actividad, hacíamos coordinaciones, reuniones multisectoriales. No necesariamente tenía que mandar oficio al alcalde; si no yo misma como comisión lo hacía mandar con el secretario de oficios y con los trabajadores hacía repartir, para homenajear al Día del Maestro. Toda esa actividad yo lo hacía y de toditos le reunía a los profesores, y yo les daba un discurso». Su preocupación por la educación la llevó a gestionar un proyecto para atender con becas de estudio a los estudiantes más pobres de su municipio que han culminado su educación secundaria. Como encargada de la Comisión de Deportes del concejo, también aprendió a participar en las actividades: «Los vecinos del coliseo siempre se quejaban porque todo alrededor es casas y tejas, y con la pelota lo malograban sus tejas. Siempre había denuncias, por eso yo no quería. Un día nos hemos reunido con los deportistas, con los jóvenes, y yo lo he puesto en sesión de concejo para comprar palos y enmallar alrededor de ese coliseo. Yo misma tenía que alquilar, salir con el volquete y compramos de Rosa Ccoriparo¹⁵ todavía... Programamos para levantar los palos y hemos enmallado. Y en esa manera ya no había ese daño. Ya hemos evitado el problema. Ya no han hecho daño a los vecinos. Siempre así en esa manera le apoyaba. En Cultura igualito, para concurso de carnavales, concurso para el Día de la Madre siempre hacíamos como para también Fiestas Patrias, hacíamos cualquier tipo de actividad en tema de cultura, y yo era la responsable de alquilar los equipos de sonido, los equipos contratarles, traerles, devolverles...». Feliciano recuerda con orgullo cómo era su trabajo comparado con el de los regidores varones:

15 Comunidad del distrito de Huamanguilla.

«A veces a ellos en diferentes actividades, en comisiones, yo pedía apoyo, para que me apoyen como varones, pero ellos nada. En Deporte, para trasladar los palos, no me han apoyado. Eran terriblemente machistas».

Durante el tercer año como regidora ella fue responsable de la Comisión de Asuntos Legales. Allí demostró cuán importante es trabajar para la inclusión social de las personas indocumentadas. Ella organizó la campaña de documentación para niños y ancianos a través del registro de partidas llamadas *extemporáneas*. En su cuarto año de mandato, también gestionó y consiguió financiación para un proyecto con la institución Prisma, para ampliación de agua potable y lavaderos familiares.

Así, su propia experiencia y el machismo de muchos varones la llevaron a trabajar en beneficio de las mujeres a partir de la municipalidad: «Hay muchas mujeres que vienen y no le toman mucha importancia, no valoran, y son humildes. No saben hablar. Hasta tienen miedo. Y así, a partir del 2004, comencé a gestionar para que haiga una oficina de la Demuna, porque como había puro varones yo le he visto que eran machistas, y en la Ley Orgánica de Municipalidades contempla que debe haber en una municipalidad distrital una oficina de la Demuna, y eso no querían que creáramos una oficina, porque yo le decía: 'Si a mí mismo me han abandonado con tres hijos... y cuántas mujeres en el distrito habrá con ese tipo de problemas y es necesario crear esa oficina. No solamente las mujeres, también los varones, los adolescentes, los niños están desamparados por sus padres. Así, se creo la oficina de Demuna».

Feliciana culminó su período como regidora y consideró que por un tiempo, antes de volver a participar en la política municipal, debía



Feliciano en su restaurante.

dedicarse a sus hijos y sus negocios. «Si me presento como alcaldesa, quiera o no tengo que salir, fuera de Ayacucho, a hacer gestiones, y demoraré dos días, tres días, según se haga gestiones, y mis hijos son adolescentes y necesitan ese apoyo hasta que tengan siquiera 20 años. Ya mis hijos cuando

van a ser jóvenes ahí sí con ese gusto, o ya con esa experiencia que voy a tener, ya puedo trabajar más tranquila».

Feliciano sabe que en algún momento volverá a la política. En todo este tiempo, la experiencia que ha tenido le ha servido para valorarse, para darse cuenta dónde está su fortaleza, para seguir avanzando: «Tal vez es mi capacidad, mis sueños... También mi fortaleza es mis hijos. Si no tendría mi capacidad, no estaría liderando a las organizaciones; si no tendría fuerza, no haría mis cosas, no voy a levantar en la mañana, no voy a poder alzar las pesas. Gracias por mi cuerpo que está sano, yo lo hago todo lo que quiero. Ahora mi fortaleza son mis hijos, mis hijitos; como están estudiando, estoy trabajando con más ganas para sacar adelante a mis hijos».

Por ahora, Feliciano se ha propuesto hacer crecer su negocio, y más adelante volverá a participar en la vida política local y, quién sabe, regional.



*«Ahora
con quien
sea ya me
jaloneo»*

MARÍA

María Juvenita Santafé León (70), quechuahablante, nació en la comunidad de Miskibamba, distrito de San Miguel, provincia de La Mar, el 12 de setiembre de 1938. En la época de la violencia quedó viuda. Tuvo once hijos, de los cuales viven seis. Se dedica a la venta de frutas y a quehaceres del hogar. Perteneció al Club de Madres «Las Huérfanas de Miskibamba». También ocupa el cargo de fiscal del comité de gestión y ejecución de reparaciones colectivas de la comunidad de Miskibamba. Es también regidora del Centro Poblado Menor de Patibamba. Fue partera y médica tradicional en su comunidad. La señora Santafé León fue nominada por la Federación de Mujeres Indígenas de la Provincia de Huanta y la Asociación de Afectados y Víctimas de la Violencia Política del Centro Poblado de Patibamba (FEPOAS-La Mar).

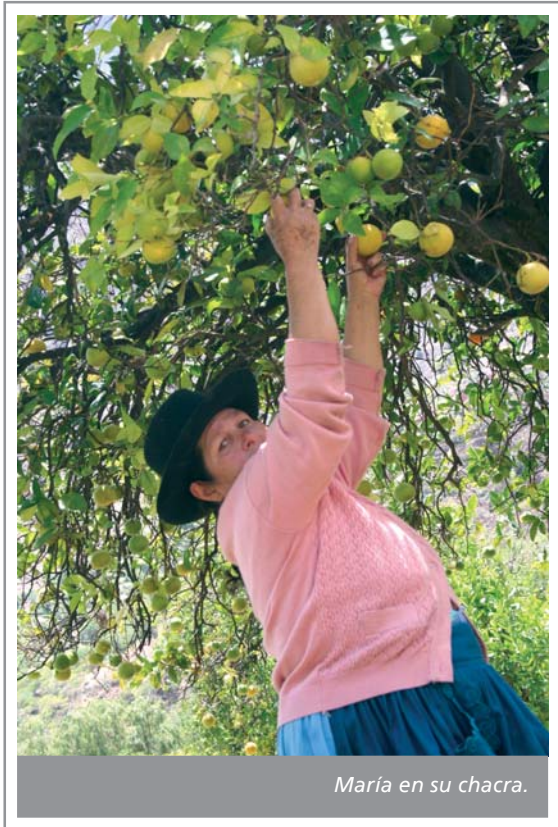
MARÍA:

«Ahora con quien sea ya me jaloneo»

Como muchas mujeres que venden sus productos en San Miguel, Mama María no nació allí sino en Miskibamba, cerca de esta ciudad. De allí también vienen los recuerdos de sus primeros años: «Mi madre murió cuando tenía 6 añitos... No sé cómo me acuerdo. Hasta cómo murió mi madre me recuerdo en mi cabeza, cuando el caballo la botó y mi mamá cayó. Seguro yo era una niña despierta». María también recuerda con tristeza lo que sucedería después: «Y mi padre volvió a casarse después de 3 años y allí tuve un hermano menor varón... Cuando mi madrastra se separó de mi padre, yo le cuidé aquí en esta casa». Mostrando unas plantas, nos dice: «Estas plantas fueron las que cultivó mi padre. Ellos se separaron ya ancianos, porque sus genios ya no eran para entenderse. Como sus hijas estaban en Lima, le dijeron que deje a ese viejo. Por eso ella se fue llevando a mi hermanito cuando él tenía casi 8 años». María recuerda también cómo, años más tarde, cuando su hermano volvió de Lima, fue muerto por ser sospechoso de ser «terruco».

Ella también tuvo hermanos de padre y madre con quienes se llevó bien hasta la muerte de su papá. Allí comenzaron los problemas de herencia y eso los hizo pelearse entre hermanos. María no guarda

rencor contra sus hermanos, mucho menos contra su padre, a pesar de que, a diferencia de sus hermanos, ella nunca pudo ir a la escuela: «Antes yo no estudié desde mi papá. Cuando matriculaban las profesoras, él no me matriculó. Los varones estudiaban porque ellos eran para eso y las mujeres, si estudiaban, solo iban a mandar carta a los varones. Así me decía mi papá. Muchos años atrás, las mujeres no estudiaban. Por eso mi papá lo hizo estudiar a mi hermanito Vicente en Illaura, abajo, y yo iba y le atendía. Allí quedaba la escuela. Yo le atendía sin estudiar». María considera que aunque ella no estudió, ella *sabe pensar*, y esa seguridad le ha ayudado mucho a obtener logros a pesar de no haber ido a la escuela, como contaremos más adelante.



María en su chacra.

Aprendió, junto a otras mujeres de su edad, a jugar y a ayudarse entre ellas: «Conversábamos con las personas de mi edad y nos poníamos a pastear nuestros animales allá encima del cerro. Nos poníamos a cantar y nos poníamos a jugar en balanceo encima de un árbol, *walway quinto*, todos los días. Jugábamos entre mujeres mientras los animales comían en Pilcopilco».

De sus años como joven casadera recuerda muy poco. Solo se acuerda que cuando tenía como 10 u 11 años, cuando su madrastra todavía vivía con ella, la aconsejaba: «Ella sí me llamaba la atención por cualquier cosa: porque haga bien las cosas, que lave bien los platos, que hile bien, que limpie bien la casa... Ella me decía: 'No quiero que seas como yo, tienes que saber limpiarte, lavar ropa, cocinar, coser...'. Todo así me decía ella. 'Algún día vas a encontrar un varón y tendrás que coser, hilar y hacer su poncho, sus medias...'».

María se casó y con su esposo llegó a tener once hijos. De todos ellos solo viven actualmente cinco. Habla con mucho dolor de aquel hijo que mataron en la época de la violencia. Si hay algo que le produce *llakillaki nomás* es el *sasachakuy tiempo*, porque en la provincia donde ella vive, este período fue muy duro. Ella cuenta cómo se inició este período en su comunidad: «A lo lejos se veía luceros... Apareció muchos luceros y caían, y decíamos: '¿Qué va a pasar ahora? Ya desaparecieron uno o dos nomás ya'. Caían muchos luceros y aparecía bastante

arco iris. Cuando no había nada todavía para que comience el terrorismo, en el cielo se formaba un arco iris en la dirección de Ayacucho y comenzó antes de tiempo la lluvia. En ese momento el río aumentó bastante y empezó a caer luceros y apareció planetas en el



María e hijo en la chacra.

cielo y decían: '¿Para qué será que está apareciendo eso?'. Eran círculos tamaño de un tambor. Apareció bastante luceros que parpadeaban constantemente. Todos mirábamos por las tardes».

Poco después, cuando ya comenzó el *sasachakuy*, «caminaban los hombres *tutapuriqkuna*¹⁶ haciendo creer que así serían las cosas: 'Todos vamos a comer y nos vestiremos por igual'. Así hacían creer y en las alturas la gente ya creía». María cuenta cómo los senderistas «de arriba» y los ronderos «de abajo» comenzaron a pelearse. También cuenta cómo muchas gentes de las comunidades estaban al principio con «los de arriba» y luego se enfrentaron con los que apoyaban a «los de abajo». Eso es lo que ella quiere decir cuando se refiere a su hijo, muerto en esos años: «Mi hijo Hipólito ya había terminado la escuela. Ya iba a entrar al colegio¹⁷ y se puso a trabajar. Mi vecino era el señor Zacarías Espino y él trabajaba trayendo ropas de Huancayo. Mi hijo le dijo: 'Tío, pásame hasta que entre al colegio; yo también quiero trabajar'. Así, caminando en negocio, desapareció, mientras yo lloraba. Cuando desapareció mi hijo, los montoneros se dieron una vuelta por Ayacucho y pasaron por Acos Vinchos trayendo de todo: vacas, asnos... Por aquí pasaron. Aquí mirábamos con mi esposo. Así caminando se habrán encontrado y lo han matado a mi hijo. Yo lloraba mucho. De allí, desde arriba bajaban. Allí arriba les hacían creer mucho y de por gusto empezaban a envidiarse, y al unirse con ellos, empezó la matanza entre ellos. Mi hijo ha ido a la ciudad. Él ha ido donde los *yanaumas*.¹⁸

16 Literalmente, 'los que caminan de noche': los miembros de Sendero Luminoso.

17 En muchas zonas andinas se le dice *escuela* a la educación primaria y *colegio* a la secundaria.

18 Los *yanaumas* ('cabezas negras') son los ronderos o los que estaban contra Sendero.

Él ha ido a avisarse. Cuando ya están dentro, se empiezan a matar entre hombres, y cuando empiezan a morir, nosotros ya teníamos miedo. Los de la altura, cuando ya nombraban autoridad, hasta aquí también ya bajaban, y si no hacías caso en lo que decían, o no te entregabas tu cuerpo, ya te decían que eras *yanauma*».

La desgracia, que ahora venía de todas partes, todavía iba a seguir golpeando a María. El año 1984 fue uno de los más tristes de la historia de Ayacucho. En ese año murieron muchas personas; entre ellas, su esposo: «Por eso empezó las muertes, por eso empezó a organizarse. Los militares vinieron. De arriba y abajo, militar, sinchi, investigador... Ellos caminaban de arriba abajo. Nosotros estábamos tranquilos, pero ellos decían: 'Si ellos están tranquilos, es porque ellos son terrucos y por eso no les pasa nada'. Los del pueblo del frente se habían organizado y a las seis de la mañana ya estaban en la puerta de la escuela. Entre nosotros nos decíamos: '¿Qué hemos hecho, de qué somos culpables? Seguro ellos nos van a preguntar, nos mirarán'. Todos los hombres se levantaron, les esperaron. 'Hay que organizarnos', dijeron, 'hay que preguntarles cómo se han organizado para así nosotros también organizarnos'. Los del frente habían escapado porque habían visto mucha gente con arma. 'Ustedes son terrucos', nos dijeron, y atándoles las manos a nuestros esposos, se los llevaron por allí, por allá, y yo les seguí hasta el frente. Allí había una casa llena de maíz y la quemaron. Allí me dijeron: 'Señora: ¿a qué le sigues con dos hijos? Regrésate. ¿O quieres morir?'. Me hizo ver una granada: 'Te voy a tirar'. '¿Y por qué le llevas a mi esposo?'. 'Tu esposo va a regresar solo en la tarde después de declarar. Yo no le miento. Está vivo', mientras que la señora Victoria, que siguió hasta atrás, contó que llegando a

Chacco le pidieron colaboración y mi esposo dijo que no tenía dinero. '¡Así que eres terruco!'. Le sacaron la ropa y le hicieron parar al borde de un barranco y le dispararon. Mi esposo tenía una chompa que tejí color azulino. Eso también le sacaron. Su sombrero era negro: también lo sacaron; su pantalón también lo sacaron, y lo mataron. Al día siguiente le siguieron el teniente Zacarías y los investigadores, pero ya no los encontraron. Cuando preguntaron: '¿Dónde están esos hombres que trajiste?',

respondieron mintiendo: 'Se han ido al cerro'. Después regresaron los más viejitos: Camilo Huamán, Geraldo Andía con su hijo Zenobio, Alberto Yucra, solo ellos regresaron. Fueron los de la laguna. Todos se organizaron, porque les había reunido los militares para que agarren a los terrucos. Los militares mataron a mi esposo. Primero a mi hijo, luego a mi esposo, y a mi hermano lo mataron en Rumi Rumi. Dejó pequeñito a sus hijos. Después que regresaron los ancianos y los demás, con engaños al teniente gobernador lo sacaron y lo mataron los terrucos como venganza, por caminar con las cabezas negras. Así era».

Cuando María piensa ahora en la época del *sasachakuy*, simplemente dice, con mucha tristeza: «No sabes cómo era nuestra vida», porque a



María en San Miguel.

pesar de que los militares mataron a su esposo y a su hermano, ella tuvo que aceptar su protección: «El 19 de agosto del '84, no lo olvido, de mi hijo y de mi hermano toda su mercadería, de mis nietos, que perdieron sus animales, quemaron su casa, rompieron sus máquinas... No llevaron mis animales, no hay que mentir. Después los senderistas empezaron a quemar casa por aquí, por allá, y entonces, hasta eso, nosotros ya habíamos organizado la defensa. Los *tutapuriqkuna* se los llevó a las chicas y ellas escaparon, desertaron, porque vieron que no era como les decía. Fue muy feo cuando vinieron a buscar a esas chicas. Los militares nos defendieron. Cuando vinieron los militares, yo

reconocí, vi la ropa de mi esposo encima de ellos, su sombrero y su chompa estaba, pero no sabíamos adónde ir. 'Vamos a quejarnos', dijimos».

No fue posible formalizar la denuncia sobre las muertes. María tenía que enfrentar el problema de seguir viviendo y proteger a su familia, a sus menores hijos y sus nietos, y empezó a organizar a la población: «Después de llevarse a los varones, ya nos dejó, porque las autoridades de San Miguel venían frecuentemente. Nos defendieron los militares y solo



María en su chacra.

quedamos las mujeres y cinco varones ya ancianos. A un palo lo amarrábamos el cuchillo y con huaracas nos poníamos al cuello, qué respeto sería eso del arma. Íbamos tanto mujeres y ancianos, más mujeres. Por eso formamos el Club de Madres «Las Huérfanas» desde 1986. Por las noches dormíamos en un campamento en la escuela. Más antes dormíamos debajo de los arbustos. Cuando algún sonido escuchábamos, corríamos a escondernos debajo de los arbustos, y si había lluvia, allí amanecíamos temblando, y cuando empezamos a organizarnos, dormíamos en el campamento, llevando nuestras comidas preparadas en casa y allí comíamos. A veces allí cocinábamos. Teníamos que cuidarnos de los *tutapuriq*, porque si nos encontraban, nos cortaban y teníamos que escapar».

Antes del *sasachakuy*, su vida era diferente: «Más antes, yo solo trabajaba en la chacra; más antes, realizando cargos, bailando en arpa, pasábamos, pero en la época de violencia, nada de eso había. Ni siquiera te podías hacer un buen *patachi*¹⁹ en tu casa. Todo el tiempo cuidábamos». Con el tiempo, ella fue designada *comando*,²⁰ y se encargó de tareas de defensa pero también de apoyo: «Yo era la que hacía



María desfilando.

19 El *patachi* es una sopa de trigo, menestras y carne, muy apreciada. Suele servirse en las celebraciones o luego de las faenas colectivas.

20 Rondera.

formar a los niños mayores y les hacía rezar. *Auxiliar*: así les decían a las mujeres de las rondas. Les hacía tomar distancia. 'A formarse: mujeres entre mujeres y los varones entre varones', decía. 'A formarse, distancia', así decía entre risas. Todas las tardes pasaba lista como a los niños. Allí era autoridad. Después de allí solo aprendí cosas de club de madres: cómo llevar oficios y entrar a oficinas y conversar, caminar en desfiles. Ya no le tenía mucho miedo. Ahora ya no le tengo miedo a nada. Ahora con quien sea ya me jaloneo. Según el término, me defiendo. Aunque sea en quechua tienes que hablar en su término; no por aquí, por allá, aunque sea poquito a poco. En quechua me defiendo más, por cultura; para conversar hay que tener siempre cultura».

María, junto con las otras mujeres, algunas viudas como ella, ayudándose mutuamente, acompañándose y organizándose, empieza a superar sus problemas: «Entre viudas actuábamos como los niños, como en el matrimonio de verdad. A los más viejitos los poníamos de padrinos y a las mujeres viudas les hacíamos casar. A una la vestíamos de mujer y a la otra de varón. Así las hacíamos casar y bailaban marinera con arpa. Por época de carnaval, nos enviaban oficios para actuar. Nosotras íbamos, vistiéndonos de gala, con nuestras huaracas, costumbre de una comunidad. Entonces, en la parte de atrás de los pantalones de los varones lo cosíamos con tela blanca, *ñawi siki*,²¹ con bastante bigote, con lana de oveja. En época de violencia no había nada de qué reírse. Cuando estabas en tu casa y escuchabas algún ruido, tenías que levantarte y salir a la calle a esas horas. Ya estabas mirando a todos lados. Cuando el perro aullaba, 'triste vida viene', diciendo...».

21 *Ñawi siki* ('poto con ojo') hace referencia, festivamente, a la forma como se veían los fundillos de los pantalones con el algodón cosido.

El club de madres pronto fue el referente más importante para María y las otras mujeres: «De día entre viudas trabajábamos. Un señor araba la tierra y nosotros lo ayudábamos en voltear la tierra. Así sembrando, cuidábamos a nuestros hijos. Allí comenzó el Club de



Integrantes de clubes de madres en desfile.

Madres. En el '86 un profesor vino de Ayacucho y nos miró y dijo: '¡Tantos niños! ¿Qué le hacen comer?', dijo. Como nos veía trabajar a puras mujeres... Hoy te ayudo, mañana me ayudas a mí, sembrando cebada y trigo con picos y pala. No podíamos sembrar maíz, porque no podíamos voltear la tierra ni formar surcos. Tampoco había varones; solo ancianos para ayudarnos. El profesor nos dijo: 'En vez de que trabajen así, ¿por qué no se organizan? En Ayacucho ya hay club de madres', nos dijo. Cuando nos hizo entender, nos inscribimos, avisándonos a unos a otros. A mí me nombraron presidenta. Allí no sabíamos adónde ir. Llorando caminábamos con mi secretaria del club de madres, la señora Teresa. Las dos caminábamos cargándonos naranja. Allí en el camino nos pasó un cernícalo (*killinchu*) y dijimos: 'Estamos yendo para bien'. Nos alegramos y llegamos al hospital, y el profesor hace los papeles. Había leche en bolsa, soya, aceite. Todo eso traíamos y repartíamos a todas, pero los demás no decían nada, porque se pasaban todos los días solo comiendo coca y llorando. El profesor nos dijo: '¿Cómo se va a llamar la organización?', y nos puso Club de Madres 'Las Huérfanas', porque había tantos niños. Así todavía se llama nuestro club».



María con su nieta y otras lideresas.

María prácticamente nunca ha dejado el club de madres. Considera que su labor debe ser de apoyo a todas sus miembros: «Soy presidenta desde '86, pero regresé después, ya que esa persona no podía dirigir, y de nuevo regresé hasta ahora. Cuando vine,

aunque sea poco alimento, yo en el concejo [municipal], he dicho que voy a dar a todos. «Aunque sea una copa hay que dar a todos. En esta vida hay que cuidar nuestra vida. No hay que hacernos odiar. Aunque sea en la punta de una cuchara hay que dar a todos», así le dije. 'Es para todos: mujeres, niños, ancianos, madres con hijos y sin hijos; para todos, mamá'. Yo les digo: 'Según a lo que alcanza les voy a dar aunque sea poco'. Por eso no me sueltan del cargo. En cambio, otras se dividen entre mujeres con hijos o sin hijos, y a los ancianos les tiran un poquito. Eso no hay que hacer: para todos, para todas, por igual».

María ha ocupado varios cargos: desde presidenta de asociación de padres de familia (APAFA) hasta regidora del municipio de Patibamba. Por eso ella opina y aconseja lo siguiente: «Está bien que las mujeres sean líderes y libres. Desde que estudian ya piensan más; así debe ser. Yo he sido comando, hacía formar a las mujeres. Luego entré a la APAFA, viajábamos hasta la selva de visita con los alumnos y los profesores. Ahora estoy en Patibamba como regidora abandonada, porque no estoy trabajando como a mí me gusta. Cuando se trabaja,

hay que trabajar juntos con el alcalde, la regidora, el juez, todos en conjunto, como en el club de madres. Yo aquí trabajo con el presidente de la comunidad, teniente gobernador, club de madres, vicepresidenta, vocal fiscalizadora, con todos ellos se trabaja en mi pueblo. Coordino con todos cuando llega un oficio. Todos trabajan. Yo como regidora debo obedecer lo que dice el alcalde. El alcalde me diría: 'Señora regidora, tú vas a hacerte cargo en organizar al club de madres, y a la hora que reparte el apoyo, tú observas'. Pero ellos no me dicen así. Solos trabajan. No me consultan nada. Yo no me voy a meter rogándoles. Yo le dije al alcalde: 'Tú debes mandar a tus regidores. Uno debe encargarse de la limpieza. Yo de repente me puedo hacer cargo del Vaso de Leche, para ver que todo se dé equitativamente', pero él trabaja solo, sin coordinar con ninguna regidora. Yo no creo que me rechazan por mi condición de analfabeta sino porque es muy personalista. Hay también una regidora con estudios y a ella tampoco le deja participar».

María reflexiona sobre la falta de colaboración de los varones del concejo, pero ella no se siente disminuida. Por eso, insiste en señalar que las mujeres siempre tienen que capacitarse: «Solo nos capacitaban en el club de madres, para que trabajemos bien, de Vaso de Leche, de esos no más, de la comunidad, de lo que pueden pedir apoyo, de eso nada más...». Y al margen de la poca capacitación que ha recibido, en comparación con dirigentes de otras provincias, ella valora mucho su inteligencia y buen criterio: «Cuando hablan de algo, yo me grabo en mi mente y me capacito, yo misma, y ya yo misma me hago respetar. Yo pienso, yo medito de las cosas y me defiendo, y cuando hay algo para pedir, pido para mi club. Yo miro como mamá, y cuando hay faltas, yo les corrijo».



María con su certificado de participación en un taller de derechos humanos.

Por eso María también considera que una lideresa siempre tiene que estar en proceso de aprendizaje: «He aprendido las cosas relacionadas a la ley. Desde que voy a capacitaciones ya he aprendido más leyes, como cuáles son nuestros derechos, mis derechos como mujer, los derechos de mis hijos [del niño y adolescente], y los

hago respetar. Aprendí cosas con las rondas campesinas. Cuando lo mataron a mi esposo, me dijeron que era terruca y se quejaron a los militares. Cuando hablaba o reclamaba, yo les decía de frente: 'Somos humanos, somos peruanos, todos somos humanos; si he hecho algo, que declaren bien'. Me recordaba en mi cabeza las leyes para que me defienda sola.

María también tiene el oficio de partera. Por ello fue premiada, por ser una de las mejores parteras de la zona. Orgullosa, ella tiene en su casa los certificados de capacitación por haber asistido a los cursos y talleres organizados por el Hospital de San Miguel.

A sus 70 años, María está aprendiendo algo que siempre ha querido: «Mi nieta Maria, que está en PRONAMA,²² me está enseñando a leer y me

22 Programa Nacional de Movilización por la Alfabetización.

está enseñando a escribir. ¡Qué difícil es si no sabes leer, si no sabes escribir, pues! Desde que entré a la autoridad siquiera ya sé firmar y escribir mi nombre. Verdad que es importante. Ahora aunque sea chueco, ya firmo, ya sé cuando me hablan castellano, entiendo. Pero responderles todavía me dificulto. Ya respondo aunque sea poco. Desde que camino, ya me estoy educando, grabando en mi cabeza. Si yo hubiera ido al colegio, estaría mucho mejor, tendría más superación, ¿dónde ya estaría? En San Miguel estaría sentada como alcalde, así estaría, aunque sea fiscal, subprefecto estaría sentada si yo hubiera estudiado. A esos autoridades les hubiera superado».



«Ya no quiero recordar aquellos tiempos que hemos pasado»

OLIMPIA

Olimpia Gavilán Barboza (53), quechuahablante, nació en la comunidad de Ocana, distrito de Luricocha, provincia de Huanta, el 14 de diciembre de 1955. Actualmente vive en el asentamiento humano Nueva Jerusalén, del distrito de Huanta. Tiene ocho hijos. Pertenece a la Asociación de Familiares Desaparecidos y Torturados de la Provincia de Huanta (AFDETOPH), organización en la que ocupa el cargo de fiscal. Se dedica a la agricultura y a los quehaceres del hogar. La señora Gavilán Barboza fue nominada por la Asociación de Familias Desplazadas Insertadas en la Provincia de Huanta (AFADIPH).

OLIMPIA:

«Ya no quiero recordar aquellos tiempos que hemos pasado»

Olimpia sorprende por su tranquilidad. Es una señora que habla despacio, mitad quechua, mitad castellano; como ella misma dice: «Ahora mismo no hablo tan perfecto el castellano; me defiendo solo con mi quechua. Cuando yo no quiero hablar, no hablo; así es mi genio: no hablo; soy terca. A veces, cuando me dicen algo como para discriminarme, entonces me cierro y no hablo: 'Te voy a denunciar; me estas discriminando', diciendo, me siento allí mismo... Yo entiendo bien lo que habla castellano, palabras nuevas nomás no entiendo. Esas palabras me los memorizo bien, regreso a mi casa y busco en el diccionario y luego sé de qué se trata eso también. Ahora ya no puedo ver el diccionario porque ya no alcanza bien mi vista, pero antes, hace cinco años, así me defendía de palabras nuevas. 'Quizá me está insultado con esa palabra', diciendo, entendiendo en varias páginas qué dice, y me convenzo de que no me insultan. Si me insultan, regresaría y los insultaría».

Cuando todavía era una chica de 10 ó 12 años, vivía en Ocana, muy cerca de Huanta, y ella estaba estudiando en la escuela, en lo que ahora sería tercer grado: «Salí con diploma todavía en segundo año. Por eso, en ese tiempo, así como ahora hubo sequía, no hubo lluvias.

Por eso nos hemos ido a la selva, donde mi papá tenía tierras. Fuimos a pie, así como aquí en el río Apurímac, en Mayapo, actualmente está al borde del río, pero en la parte alta está Junín, Libertad, y de allí más al huayco, lejos de Libertad, más lejos... Antes era así; se vivía en lugares lejanos, y nuestra chacra era pequeño. Allí trabajaba mi papá. En el '69 habrá sido, 'en Mayapo vamos hacer ciudad', dijeron. Hicieron una carretera. Esa vez no había Mayapo... Llegamos a nuestra chacra de la parte alta y al día siguiente nos hemos ido a la chacra de



Olimpia a sus 31 años en Mayapo.

Umpiquiri. Al día siguiente que hemos llegado, con chanco, con nuestros perros, con nuestras ovejas, a pie... Como fuimos con nuestros carneros, hemos llegado en seis días. Por Santillana, por Putis hemos ido». Para Olimpia, ese desplazamiento obligado tuvo dos consecuencias importantes: la primera es que la obligó a dejar de estudiar. «Dejé el colegio cuando nos hemos ido. En Mayapo era un desierto. No había ni escuela, '70 todo el año hemos pasado; el '71 ya han creado escuela; '71 ó '72 ya creo han creado. Ya no fui a la escuela. Era lejos, monte. Para ir me daba miedo». La segunda consecuencia es que Olimpia aprendió a viajar entre la selva y Huanta, y se acostumbró

desde muy joven a movilizarse por el valle del río Apurímac haciendo negocios: «Como siempre iba a la feria del domingo y teníamos que regresar a pie, en balsa (tenía un primo que tenía una balsa grande), en Mayapo había canoa que le decíamos *pituchi*, esa fecha sin motor, solo empujando, por eso él me llevaba la carga. En cambio, de Santa Rosa me traía con los machiguengas. Para ellos también eso era un apoyo. Antes no había negocio. Por eso llevaba sal, los pedidos que me hacían, lo que necesitaban, aceite. Todo eso llevaba de Llochegua. Por eso mi papá me ayudaba a llevar esa mercadería». Ese conocimiento de muchos sitios, de cómo saber viajar por distintos lugares, también le ayudó a Olimpia a enfrentar los problemas que sucedieron durante la época de la violencia. En esa época, las mujeres que nunca habían salido de sus pueblos y comunidades, y no sabían vivir en otros lugares, tuvieron muchas dificultades y pasaron muchos sufrimientos para adaptarse.



Olimpia en un evento.

Aunque tuvo que dejar de estudiar, Olimpia siempre se interesó por la educación. Ella dice: «Yo por la educación soy capaz de tirarme al barranco». Nunca se dio por vencida: «Hay muchas mujeres que han estudiado, pero están igual que yo. No hay una que sea superior que yo. De estudiar, habrán

estudiado, habrán acabado, pero a veces, hasta escribiendo yo les gano, si ponemos de nuestra parte».

Esa fuerza para superarse le sirvió también para enfrentar las tristezas que le sucedieron en el *sasachakuy tiempo*. En ese momento, ella ya era mujer adulta; antes ya había tenido un primer compromiso del cual tuvo una hija, aunque, como Olimpia cuenta, ese compromiso no fue bueno, pues él era muy celoso. Un día ella ya no soportó sus celos: «Lo agarré de aquí [el pecho], sería una mujer potente, de mucha fuerza, yo trabajaba igual que los hombres, lo saqué a la puerta y lo boté. ¡Qué tal lisura!». Olimpia regresó a Huanta con su hija todavía pequeña. En Huanta trabajó como cocinera hasta que su mamá vino de la selva para convencerla de regresar a Mayapo. En esos tiempos era difícil registrar a su hija en la selva, y Olimpia sabe —como todas las mujeres que tienen hijos— que era muy importante que su hija estuviera inscrita para que tuviera derechos. Así, aunque finalmente su hija fue inscrita en el pueblo de Llochegua, ella nuevamente tuvo que volver a Huanta a hacer registrar a su hermana, quien no tenía sus documentos de identidad: «Nos hemos molestado con mi papá ese día. Le han criado sin partida, y ella decía de mí: ‘Ella nomás será tu hija; yo de dónde habré venido; quizá seré recogida’, diciendo, ella lloraba, encerrándose dentro de la casa. ‘Así, para hacerle resentir, le habrán traído al mundo’, le resondré a mis padres».



Olimpia con uno de sus hijos.

Olimpia regresó a la selva y conoció a su segunda pareja, el padre de dos de sus hijos. Hacia 1984, ella se hallaba con siete meses de gestación de su cuarto hijo cuando la vida en la selva se había hecho muy peligrosa: «Mi esposo me ha dicho: 'Ándate'. Dije: 'Está bien'. '¿Pero adónde vas a ir tú?', le pregunté. Él dijo: 'Yo voy a estar acá, tenemos cosecha aquí, yo voy a cosechar aquí', diciendo».

Al poco tiempo, mataron a su esposo. Era el 5 de julio de 1984. Su casa de Mayapo fue quemada: «Mi casa también lo quemaron el 31 de julio. Lo que teníamos en la población, casa grande de doce metros [de frente], todo lo quemaron». Para agravar su sufrimiento, el 28 de ese mes, la mamá de Olimpia, que había escapado a Huanta, también fue asesinada. Su papá logró llegar a esta ciudad y se quedó a esperar que cambiara la situación política que ya dos muertes había causado en la familia. Pero como Olimpia tenía que atender la chacra, tuvo que quedarse en la selva con sus hijos. No es difícil imaginar la terrible situación de Olimpia viviendo con sus dos hijos y esperando uno tercero del esposo que ya no estaba vivo en los tiempos del *sasachakuy*: «Hemos estado en el monte, mi esposo ha muerto. A él lo mataron los militares; por eso somos víctimas. Mi mamá ha muerto, mi papá se ha venido aquí a Huanta. Yo me he quedado con mis tres hijos. Hemos vivido así dentro del monte. Ya casi nadie trabajaba. Chacchábamos coca, tomábamos, para mis hijos llevábamos algo. Teníamos yuca, hacíamos chicha, así. Ya no quiero recordar aquellos tiempos que hemos pasado». Olimpia tiene algunos problemas que le ha dejado la época de la violencia: «Terror, trauma, con todo eso mi cabeza no funciona bien. Tengo la manía de olvidarme; me olvido cualquier cosa». Sobre todo siente temor de volver a ciertos lugares que le hacen recordar los

momentos difíciles que ha pasado: «Desde esa fecha no voy a la chacra. Hasta ahora tengo terror. No puedo dormir en la chacra. Siempre que regreso, hasta ahora tengo miedo. Más aún que mi casa está muy alejado. La casa donde vivimos con mi mamá es silenciosa. Está en el monte, pero de la familia de mi esposo está en Luricocha. Cuando voy allá, me quedo una o dos noches, pero asegurándome bastante las puertas».

Ella piensa, al mismo tiempo, que ahora las cosas son distintas respecto de esa época. Hasta la Policía ha cambiado, y las personas también, en la manera como tratan con los policías: «La Policía también era como contraria a nosotros nomás. Ahora ya, pues, nuestros derechos conocemos. Después de la violencia nos hacen conocer nuestros derechos. Nosotros hemos sido como carneros. Además, por miedo a la violencia, esa vez no hemos podido ni presentar denuncias».

Olimpia finalmente tuvo que escapar hacia Huanta, donde la esperaba su papá, con su cuñado y su hermana, pero cuando llegó, su papá ya no estaba; había vuelto a la selva. Tuvo que acomodarse para vivir, por razones de seguridad, en un cuartito del jirón Tarapacá, en el centro de la ciudad, viuda,



con tres hijos y uno por nacer. Este último murió a los pocos días de nacido. «Habría nacido desnutrido», piensa.

No era nada fácil vivir en una ciudad como Huanta para alguien que había perdido sus cosas por la violencia: «No sabía qué hacer acá. No sabía nada. Solo sabía hacer negocio grande. Antes, cuando estaba en la selva, vendía cerveza, compraba cacao, abarrotes, tenía negocio, pero aquí no sabíamos hacer nada. Hacía comida, vendía tuna, me defendía con todo. Mi negocio lo han quemado todo, mis materiales, hasta mi balanza». Poco a poco, a partir de pequeños trabajos

como confección de mantas y bordados, además de tejidos, Olimpia fue mejorando su situación económica: «No sé cómo, creo que ya eso era obra de Dios. Como caminaba tejiendo, 'Para mí también téjemelo, para mi hijo, para mi esposo o para mí', me decían. Y tejía, de grueso o de delgado. Por eso, al borde de mi cama colocaba vela. Con esa vela chacchando, toda la noche tejía. Cuando caminaba en la calle, nunca he caminado así nomás; tejiendo caminaba. Hasta ahora, cuando no hay luz, me apoyo en la pared, tejo. Cuando quiero,



Olimpia saliendo de su casa.

tejo todavía. Mis hijos ya no quieren ponerse chompa tejida. Por eso, hace ya varios años ya no tejo; cuando quiero, tejo todavía. Con eso nos hemos defendido. Tejía, reunía cereales. De la chacra compraba en latas y aquí vendía por kilos». Esto le dio cierta tranquilidad económica que le permitía resolver otros problemas.

Olimpia también tuvo que enfrentar otras situaciones que se sucedieron por su situación de viudez. «Cuando viajaba a la selva, había alguien que conocía. Así empezó a fastidiar, pero ni con eso no quise fácil, porque tenía hijos (puede decirle 'carajo' a mis hijos). La gente se enteraba que era viuda y tenía pretendientes. Me fastidiaban, yo no quería. Estábamos bien sola yo con mis hijos. Sin necesidad de eso he vivido. Me acostumbré a estar sola, sin necesidad de ser manejada de nadie, adonde sea me iba, o comíamos o cocinábamos. Teníamos plata, nos íbamos a la calle, ya no en el mandado del hombre. Como sabía hacer negocio ya, no me faltaba mucho el dinero. Con eso nos defendíamos. Estando así, a la selva me iba tres días, a lo mucho una semana. Mi puesto lo cerraba y me iba a la selva. Me traía coca. Mi papá estaba en la selva, en su casa. Compraba coca, me regresaba. La gente hablaba de mí: '¿En qué anda esta mujer que ni plata tiene? El chofer debe ser su amante', decían. 'Los motoristas son sus amantes'».

Olimpia, con el consejo de algunas amigas y con su propia manera de pensar, venció el dolor que le causaba la gente que hablaba mal de una mujer viuda como ella. «'¿Y eso vas a hacer caso? Si vas a hacer caso a la boca de la gente, hasta te tirarías al barranco. ¿De ellas sus esposos van a ser eternos acaso? Por gusto te dicen eso. Tantas mujeres

hay, quizá igual que tú van a ser viudas, igual que tú y de ellas también van a hablar. No les hagas caso'. Después de eso, ya no les hacía caso. Cuando hablaban, 'qué me importa, yo no voy a pecar, que hablen lo que quieran', me encapriché. Estaba tranquila con mis hijos». A ella le ayudó bastante tener autoestima, el quererse como persona, saber valorarse como mujer, aunque no se dio cuenta de esto hasta que participó en talleres sobre autoestima: «Yo nunca sabía qué era para mí la autoestima. Pero en la oficina cuando me han capacitado, esas cosas he aprendido, a valorar, en AFADIPH,²³ donde he caminado en Ayacucho».

Y sobreponiéndose a las dificultades, con el tiempo conoció a un hombre menor que ella, con el que se comprometió, aun cuando tenía temor de que sus hijos no fueran bien tratados por él: «El muchacho estaba que me seguía, regresaba, y congenió con mis hijos. Se hizo querer con mis hijos. Ellos se acostumbraron a él. Mi hijo ya estaba con 10 años. El otro de 4 y medio estaba. Pero les consulte a ellos: '¿Lo van a querer, lo van a respetar?'. Consultando a ellos, ya lo acepté al hombre con el consentimiento de ellos. Pero es difícil de nuevo estar en el mandado del hombre, en la orden del hombre. Durante esos cinco o seis años, ya me había acostumbrado a estar sola. Cuando me mandaba algo, me aburría ya. Ya ni me acordaba. Hasta ya no tenía el mismo cariño como para él primero. Difícil me acostumbré. Me aburría, no me gustaba. Él me decía que cocine, me decía que lave... Me decía: 'Vamos a este lugar', cuando tenía que hacer algunas cosas. Yo decía: 'Me hace perder tiempo'».

23 Asociación de Familias Desplazadas Insertadas en la Provincia de Huanta.

Los años han pasado. Olimpia sigue viviendo con su pareja, con quien ha tenido cuatro hijos más. A pesar de ser mamá de siete hijos, ella se ha dado el tiempo para desempeñar cargos como dirigente. ¿Qué le ha ayudado a Olimpia a ser una importante dirigente? Ella



misma piensa que hay varios factores. Uno de los más importantes ha sido el haber visto desde niña cómo su padre desempeñaba labores dirigenciales: «Desde muy niña hacía cosas como adulta. Cuando mi padre era autoridad, hacía algunas cosas como adulta, cualquier cosa calculaba bien antes de hacer». Es consciente de que ahora las mujeres también «agarran cargos»: «Antes solo los hombres tenían valor. Ahora ya, pues, los hombres y mujeres agarramos cargos, o si no somos autoridades. Esa vez solo eran a nombre de los hombres». Y pensando cómo era todo esto en los tiempos de su mamá, Olimpia señala: «Si hubiera sido ella, quizás ella hubiera hecho mejor, si la hubieran nombrado a ella; pero si eras casada, la mujer no podía ser dirigente. En Ocaña hacían las señoritas adultas, así como las señoras que nunca tuvieron hijos. A las que no conocían el estar casadas les decíamos 'señoras' porque ya eran viejas. Ellas eran autoridades. Esas fechas, cuando era pequeña también, como en mi comunidad hay pocas personas, ellas rotaban para recibir, pero si eran casadas, no recibían cargos. Mi mamá hubiera llevado bien, mi mamá era mejor que mi papá, tenía mejores ideas que mi papá. En el trabajo, mi papá solo

quería llevar de acuerdo a su fuerza. En cambio, mi mamá no quería trabajar así, sino haciéndose trabajar de manera estratégica. Era más hábil, quizá si hubiera estado sola, hubiera podido ser autoridad».

Olimpia desde niña proyectaba su fuerza. Era curiosa y atrevida, como ella misma cuenta: «Cuando era joven, era Satanás. No tenía descanso. Era una diabla, más que un joven varón, inquieta. No tenía miedo de saltar o hacer algo, o pegar a los chicos. Me decían 'diabla'. 'En vez de nacer un hombre, ella ha nacido', me decían. 'Una mujer no es así, mi hija no es así; mujercita, es humilde, tranquila...'. Yo no era así. Ahora tengo miedo subir al molle o a árboles. Esa vez no tenía miedo. Golpeaba el molle y mi mamá tendía una manta al pie del molle. Junto con mi hermanita, desde lo alto golpeaba el molle. No necesitábamos peones; solo las tres recogíamos del molle». Mucho de lo que sabe sobre la chacra lo aprendió de su papá: «Cuando mi papá trabajaba, trabajábamos igual. Allí he aprendido a trabajar, a sembrar trigo escarbando, a aporcar el maíz. Lo único que no sé es sembrar papa. Lo que mi papá no trabajó, no he aprendido; si no, eso también hubiera aprendido, lo de la puna».

Existe otro factor que, según Olimpia, le ayuda a desempeñarse como dirigente: su facilidad para hacer amistad con las personas: «En los caminos, cuando voy a las reuniones, en las reuniones de la comunidad, allí nos sentamos, conversamos. Cuando van autoridades o van otras personas, cuando no hacen bien, 'No hagan eso, hagan así, demos opiniones'. Allí me conoce la gente». Aprender a dejar de lado el miedo que tienen las mujeres para hablar delante de los hombres le ha ayudado mucho a Olimpia a ser dirigente.

Así, poco a poco, Olimpia ha llegado a ser una dirigente importante en su localidad. Al principio, participó en el Club de Madres como vicepresidenta: «Cuando hay que hacer algo, o en las actividades, participo cuando organizamos; a eso siempre voy cuando hacemos actividades». Ella sabe que cuando se ocupan cargos, se tiene que participar responsablemente en las diferentes acciones. Eso mismo ha enseñado a sus hijos; por ejemplo, ahora su hija mayor también es promotora de salud y coordinadora de alfabetización.

REGISTRO DE PADRON DE SOCIOS

FECHA DE INGRESO: *Huancayo, 08 de Diciembre 2006* No. *062*

RES.: *Olimpia*

NOMBRES Y APELLIDOS PATERNO: *Geoffrey*

NOMBRES Y APELLIDOS MATERNO: *Paulina*

FECHA DE NACIMIENTO: *14-12-1955*

LUGAR DE NACIMIENTO: *Huancayo* PROVINCIA: *Huancayo* DPTO: *Peru*

EDUCACION: *Bachillerada del Bologna*

FECHA DE INSTRUCCION: *Primaria incompleta*

ESTADO CIVIL: *soltera* LIBRETA MILITAR No.:

NO. DE R.U.C.: *8478570097* NO. DE R.U.C.:

DIRECCION: *Jr. Donceles 700 - Urbanidad Bologna 5/11*

OTRO COMENTARIO:

NOMBRES Y APELLIDOS DE LOS HIJOS QUE VIVEN EN EL HOGAR			
NOMBRE Y APELLIDOS	EDAD	ESTUDIOS	
<i>Olivia Geoffrey Geoffery</i>	<i>20</i>	<i>Secundaria completa</i>	
<i>Isay Geoffrey Geoffery</i>	<i>27</i>	<i>Secundaria completa</i>	

NOMBRES Y APELLIDOS DE OTROS MIEMBROS QUE VIVEN EN EL HOGAR			
NOMBRE Y APELLIDOS	PARIENTESCO	EDAD	ESTUDIOS

NOTAS: fue designada por sus hijos en el año 2006 (Rodrigo, Isay, Isabella, Isabella y su primo David Bologna) desde el 05 de Julio 2004 al 14 de Julio 2004. Desde esa fecha, Isay y Isabella se encargaron de cumplir con las obligaciones de la asociación y sus estudios. Los hijos que cumplen con las obligaciones de la asociación son los hijos que cumplen con las obligaciones de la asociación.

Geoffrey

Fecha de inscripción de su organización

Entre el club de madres y la participación en la APAFA de la escuela adonde asiste su nieta, ella prefiere esta última: «Desde que dejé el club de madres, no participo más, no sé por qué. No me gusta, o será que es pereza, no sé, no me llama la atención tanto; peleas en regalos a mí no me gusta», nos comunica con franqueza Olimpia. Desde que inició su labor como dirigente, también ha ocupado cargos en la asociación de vecinos de su barrio o de los lugares donde tiene terrenos. En estas zonas ha sido miembro del núcleo ejecutor de obras, trabajo que ve interesante pero no deja de tener también sus riesgos: «Hacemos la obra, el ejecutor es hasta que termine la obra. Lo llevamos agua, lo instalamos, lo inauguramos y termina nuestro período. Así nomás era el núcleo ejecutor. A ese dirigente que era presidente de la AFADIPH le habían dado, cuando

todavía no estábamos nosotros, aún no éramos socios. Con el motivo de la pro vivienda, nosotros nos hemos asociado de diferentes bases, de diferentes asentamientos. Desde el '96 estaba el Sr. Bailón. En su gestión le habían dado telar, máquina de coser, esas cosas, dicen, y no había entregado. Con ese motivo nos han castigado a nosotros. Cuando ya nos han formado a nosotros, ya a los que vinimos después, no entregaba esos documentos, por eso. Pero él solo hace las gestiones, según él, sobre la mesa puesta. 'Eso ya está servido, está ya hecho, el agua ya está, la luz está traído, todo ya'. Así hablaba él [se refiere al Sr. Bailón], pero eso no es cierto; nosotros hemos traído la luz en la gestión del nuevo núcleo ejecutor».



Olimpia con líderes y lideresas de diferentes regiones del país.

A pesar de estas dificultades, Olimpia ha sido invitada a participar en agrupaciones políticas para las elecciones del 2007: «Sí he participado, pero yo no he entrado a la plancha, pero sí hemos organizado el partido de Allin Kawsay». Pero Olimpia no está muy interesada en participar como dirigente política: «Eso no me gusta a mí, el de entrar a la plancha. De decir, sí me han dicho, pero no he querido, no me gusta. De elegir, me han elegido, pero no me gusta. '¿Qué voy a hacer yo', diciendo. A veces digo: 'Voy a ser conocida; quizá con el tiempo podemos ganar'. Pero si no voy a servir bien al pueblo, ¿para qué voy a comprometerme viendo mi capacidad? 'A otra buena persona vamos a

nombrar que pueda hacer'». Sin embargo, estando en el partido, ya tiene más experiencia ahora: «Así, estando en reuniones, he entendido qué es un partido. Ahora mis hijos ya saben, entienden. Es que en la casa así dialogamos; será por eso que ya ellos saben. Yo hasta hace dos alcaldes que han pasado no sabía, por ejemplo, que el FONCOMÚN²⁴ viene de acuerdo al número de electores. No sabía todo eso, y ya he conocido yo participando. Si no participo en nada, es como si estuviera encerrada en la casa. Aunque escuchara radio, como no participaba de eso, no me interesaba».

Olimpia también ha aprendido el manejo de la contabilidad de los gobiernos locales: «El libro de caja es así, bonito, ya está hecho. Ahora también las actuales autoridades pasan solo en cuaderno. En cambio, en la escuela había un libro de caja en esa fecha, pero como no tenía interés esa fecha, el vecino me dijo: 'Todo así vas a hacer; aquí lo que entra y sale y las deudas vas a hacer'. Él me enseñó en el cuaderno y yo también así nomás llevaba, lo que gastaba y lo que compraba vela o fósforo. 'Así nomás vas a hacer', ese señor me



Olimpia con el menor de sus hijos.

24 Fondo de Compensación Municipal.

enseñó. En una noche hemos hecho cuadrar en el libro. Aprendí a cuadrar. En una mesa hemos trabajado. Empezamos del ingreso, egreso, salida, eso también he aprendido. Tesorería he aprendido cuando me han enseñado».

Olimpia es hoy una experimentada dirigente. Ella forma parte del grupo de mujeres de la provincia de Huanta que cada vez ocupan más cargos de responsabilidad: «En la junta de abajo creo que la mayoría somos mujeres en el cargo. En el asentamiento solo somos mujeres; la autoridad hombre es solo el teniente. Todo hacen las mujeres; ya no hay distinción ahora. Cuando son solas, la eligen a la mujer, a las que son solas, aunque ahora las que tienen pareja también hacen. Por ejemplo, mi pareja radica en la selva por los viajes y puedo hacer si otras también hacen». A pesar del sufrimiento que dejó el tiempo de la violencia, Olimpia supo recuperarse, avanzar y está convencida de que las mujeres cada vez son más importantes para conducir nuestra sociedad.

TEJIENDO VIDA
Historias de seis mujeres ayacuchanas
se terminó de imprimir en los talleres de
XXXXXXXXXXXXX
Dirección XXXXXXXXXXX

